

EL IRIS

PERIÓDICO QUINCENAL DE LITERATURA.

DIRECCION—AGUSTIN DE VEDIA.—COLABORACION—TODAS LAS INTELIGENCIAS LITERARIAS.

La Historia antigua.

EN SUS RASGOS CAPITALES.

(Concluye.)

La propagación de las luces que es indispensable en todo pueblo que se desarrolla, introduce además en Roma grandes gérmenes de revoluciones y de movimientos políticos. Con aquella poderosa fuerza de expansión, que dan a un pueblo los sacudimientos mismos, Roma se veía fatalmente empujada por la providencia a conquistar pueblos, para satisfacer la devorante sed de gloria, de riquezas y de poder, que le daba su constitución hercúlea. Recuérdese lo que sucedía en tiempo de la revolución francesa, y se verá de cerca los secretos de esta fuerza de expansión que de vez en cuando sacude a los grandes pueblos.

Roma llegó así a constituir un terrible poder militar, con el que sojuzgó a todos los pueblos independientes de la península italiana.

No había medio ante ser esclavo ó señor de Roma. No había paces respetadas, desde que Roma tenía interés en romperlas.

Las mismas agitaciones interiores en que este pueblo colosal vivía, lo ponían en la necesidad de destruir á los demas, y de mantener con ellos una lucha incesante, como único medio de dar ocupación á los elementos que ajitaban y convulsionaban el Estado.

« En el exterior es terrible la perseverancia que desplega para completar sus proyectos ambiciosos; se muestra implacable para llevar á cabo sus designios: ni los reveses la abaten ni los artificios la engañan. » (1) ¡Abuela de Maquiavelo, llevabas ya en el seno las doctrinas que tu sombra dictó después á tu nieto: sabias sobreponerte á todo por la fuerza ó por la astucia; penetrabas por todas partes, y realizabas sin remedio lo que una vez habías resuelto! « En vano es que Cartago brille y se fortifique. »

« Ni su comercio ni su opulencia la salvarán. »

« En medio mismo de las victorias de su Anibal se presiente su ruina, y se imagina uno estar viendo el Aguila romana cernirse sobre su cabeza con la vista fija en ella, como en una presa, esperando el momento oportuno de fascinarla para despedazarla entre sus garras. »

Efectivamente, Cartago era uno de los mas grandes pueblos de la época. El mas rico y opulento, sia disputa. Hija de los Fenicios, esta ciudad, brillantemente situada, mucho mayor que Roma en edad, se habia hecho señora del Mediterráneo, por sus colonias y por su activa navegación. Dueña de la España y de la Sicilia, sentada en medio de un territorio estenso y feraz; estendida sobre

las orillas y en el centro del mar mas corrido de aquella edad, era un recipiente de las riquezas del mundo; atravesaba los desiertos, sobre que reclinaba su robusta espalda, para traficar con el Asia; y los mares que ceñían su cintura, para ocupar todas las costas conocidas, desparramando en unas y en otras los frutos de sus fábricas y de su tráfico. El oro corría á torrentes por sus manos; explotaba todas las minas del mundo antiguo; habilidad que habia heredado de su madre patria.

Cartago, era entonces lo que fué Venecia, la grande y fabulosa ciudad de la edad-media, artista y casi bárbara, poderosa é iliterata, republicana y despótica, guerrera y mercantil; hasta en su organización política se encontrará esos famosos tribunales, llenos de misterioso terror, que fueron el cimiento de las grandezas de la República del Adriático. Su espíritu y su civilización eran orientales, porque eran hijos de la Fenicia.

En todas las guerras que los Persas hicieron á la Grecia, Cartago se mostró favorable á los primeros, y aun los auxilió militarmente. Los intereses de la navegación le daban ese espíritu de monopolio, que se ve reinar, por las mismas causas, en la Inglaterra; y de aquí, su odio á las naciones griegas y etruscas, navegantes y mercantiles, como ella.

Aunque Cartago, por su posicion, no habia tomado una parte decisiva en las guerras continentales que habian sostenido las dos razas, no habia dejado, por eso, de hacer una guerra á muerte á las poblaciones griegas, que mas se le acercaban.

La Sicilia era griega, como se sabe bien; Cartago que habia logrado establecerse en esta isla famosa, luchaba con un encarnizamiento formidable por desalojar á sus enemigos; cuando aparecieron en las costas de la Península las primeras legiones romanas, y empezó á desparramarse por el mundo la fama de sus hechos y de su genio. Aquí empieza, la escena mas importante de las que componen el gran drama del Mundo antiguo.

Es inútil que hable de las guerras sicilianas que la raza africano-oriental sostuvo con las ciudades griegas y etruscas encabezadas por la brillante y culta Siracusa; por la preciosa Agrigento. Aunque Agatocles fué un gran guerrero, y aunque es cierto que hizo un brillante papel en estas guerras tan influyentes para la civilización no podemos mirarlo de otro modo que como el precursor de los Escipiones. Lo que debemos buscar; son los grandes resultados: traigamos, pues, á los romanos al lugar de la escena, que ellos son los que van á darle todo su interés y su desenlace. Oigamos al poeta, y veremos la profundidad del odio recíproco, con que el destino habia dotado á los dos pueblos. El espíritu de Cartago habla; por la boca

de Dido; y despues de haber deseado que los mas terribles danos afijan á la posteridad de Eneas, dice:

Hæc precor: hæc vos cum sanguine fœdæ Tam vos, ô Tîrî, sitis em et galus esse fuurum Exereite odiis; emereque hæc mihi nostro Munera: nullus amor populus nec fœdere suntu. Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor Qui hæc Bardiâs leporeâ square colonos, Nunt; olim, quomquam dabunt de tempore vines Litora litibus contraria, fœcibus undas

Y así fué; Cartago y Roma son el ejemplo del odio mas implacable que ha conocido la humanidad. No hubo tregua ni momento de paz entre los dos pueblos; ninguno de ellos podia tener descanso, sino despues de haber exterminado, por sus bases, á su contrario.

Quando Roma se asomó á las costas de la Italia, que dan sobre la Sicilia, venia ya nutrida con la civilizacion semigriega de la Etruria; y aunque su organizacion politica conservaba aun, como conservó siempre el sello de una aspera é inflexible barbarie, sus ideas y sus creencias, se desenvolvian ya risueñamente al influjo del soplo vigoroso de la filosofia y de la literatura griega. Así es que no solo los intereses positivos, sino las creencias, y las antipatias de raza y de espíritu, coincidian para hacer de esta lucha una cosa seria, profunda y de alto significado para el porvenir de la humanidad.

Roma venció al fin; el espíritu occidental venció con ella; ese espíritu, que hoy todavia alimenta y vivifica el organismo de nuestros modernos pueblos; y seria absurdo suponer que las leyes y los resultados de la civilizacion presente, no hubieran sido radicalmente diversos de lo que son, si en vez de ser vencida Cartago por Roma, Roma hubiera sido vencida por Cartago.

Por fin, lo que importa mas deducir de todo esto, es que todas aquellas guerras y victorias desarrollaron, de una manera gigantesca, la savia social de la gran ciudad. Roma marcha, desde entonces; insolente, llena de orgullo, de vigor y de magestad, á la conquista del mundo entero. Allí se alcanza como las diversas oscilaciones de la historia presentan de nuevo la misma empresa, la misma ambicion de Alejandro y de la Grecia. Pero, esta vez, viene concebida sobre un plan mucho mas extenso y apoyada por fuerzas mil veces mas poderosas: ya no es un hombre, ya no es un pueblo sometido á él y sus leyes, el que trata de absorber á las naciones, para fundirlas en el molde occidental: no! ahora es Roma; ahora es una Nación Grande; heredera de aquel hombre, constituida con un vigor singular é imponderable; una nacion que no ha necesitado abdicar su soberania en favor de un despotismo; para realizar la grande obra; sino al contrario, desenvolverse y fortalecerse como asociacion, como pueblo libre, y desplegar naturalmente sus instintos peccaniles. La patria, en Roma; no se vuelve hombre como en Grecia; al contrario el hombre se vuelve patria, se vuelve nacion; y mientras aparecen, que sin el poder de demarcar personalmente, hacen dominar el Estado Romano sobre el orbe todo. La idea del caudillo se vapora allí ante la idea del Estado.

Sin embargo, era tan profundo el torpor de que Roma habia estado poseida durante su lucha con Cartago; tales sus tribulaciones; los serios cuidados que habia sentido, que su existencia misma; tales los abismos en cuyo borde se habia mirado; esperando por momentos ser derrocada desde ellos; que aun despues de que ya tenia su caudilla

de hierro puesta sobre el yerto cadáver de su enemiga, temblaba de verla resucitar, y aquellas lúgubres palabras delenda est Carthago, retumbaban dentro de las austeras paredes del Senado, repetidas con una constancia diabólica por el inflexible Catón, tipo perfecto de la Roma antigua, de la Roma bárbara que ya comenzaba á descolorearse.

Ello es; que desde entonces Roma no tuvo rivales en el mundo. Navegó señora de los mares, y fijó sus leyes, con sus reales, sobre todas las comarcas. Cartago desapareció, con sus instituciones, con sus artes, con su ciencia, con su poderosa industria, con su espíritu, con todo en fin, cuanto constituia su grande y original figura. Fué, para la posteridad, lo que Roma quitó hacerla; y, como lo dice con tanta verdad el elocente Hugo, Roma se hizo señora hasta de los recuerdos de Cartago, que todos debieron pasar al traves de la pluma parcial de sus enemigos.

La gran ciudad tuvo que desplegar un poder militar inmenso. Recuérdese, que tenia que someter al mundo entero á la dominacion del Espíritu Occidental.

Nuestra imaginacion se pasma de asombro al contemplar todo lo que Roma hizo en este sentido; y no por haber fracasado antes de satisfacer su magnífica ambicion dejó ella de ser grande, ¡mil veces grande!, entre los pueblos gigantes de la historia. El dia mismo en que el terrible poder militar que habia tenido que crear, arrastrada por las vicisitudes de la politica y de las circunstancias, le ofrecia la victoria; sintió que el cáncer que la devoraba estaba ya en su seno. Los egércitos romanos, que marchaban viendo retroceder siempre las fronteras del Estado, vuelven una vez su frente hacia el centro; y marchan sobre Roma misma: cansados de conquistar reinos para la Ciudad insaciable de conquistas, se insurreccionan; y marchan insolentes á conquistar el poder; el Estado se desploma, y el caudillo surge de en medio de sus ruinas.

A medida que Roma se habia engrandecido, habia extendido su dominacion sobre todas las otras ciudades de la Italia, con el pretexto de protegerlas, y con las apariencias de la alianza. Así era como, no solo, les imponia sus leyes, sino que las arrastraba á todas las guerras, y las habia contribuído á satisfacer todas sus necesidades. La situacion de los aliados era intolerable, en los tiempos gloriosos de la República; porque no eran otra cosa que almacenes, que cuarteles de Roma; exigencias, de mas en mas violentas y vejatorias; eran el único viticelo político que las ciudades italianas mantenian con la República patria del Tiber: Esta República, para hacer frente á las guerras lejanas, que alimentaba con la mira de fundir el mundo en una misma asociacion, agotaba los hombres y los tesoros de la Italia, haciendo gemir á los aliados (¡ nombre cruelmente irónico!) bajo el peso de los impuestos y de los contingentes militares; y esto; sin extender á ellos los beneficios inherentes á la ciudadanía romana. De aquí nacian condiciones miserables de vida, que no era posible salvar, sino obteniendo el bautismo de la ciudadanía; de modo que las poblaciones enteras de la Italia vivian en una perpetua y profunda agitacion, que tenia por objeto ser admitidas á participar de los beneficios y de los beneficios que Roma repartia á sus predilectos. Estas absolutas inmensas que se ofrecian para obtener este favor, inspiraban un profundo grito de aversión contra la tirania del mundo; y fecundaban poderosos germenes de revolucion en su propio seno. Este era el estado de las cosas, cuando se presentó en

la escena política el primero de los Gracos, alzando en sus manos un famoso proyecto de ley Agraria. Se proponia con ello, reformar la constitucion de la propiedad, enteramente opresora para el pueblo romano, y para la Italia. Nadie pensaba hasta entonces en cambiar la existencia politica de los aliados; pero así son las cosas humanas; desde que llega la hora de una revolucion, basta la medida mas insignificante, una sola palabra, para hacerla estallar.

Así fué como, sin que nadie pueda decir precisamente en que ocasion se levantó repentinamente la cuestion de la emancipacion de la Italia, cuando Cayo Graco renovó las proposiciones de su hermano. El último de los Gracos esperaba, que apoyado en las Italotes, lograria vencer á la aristocracia romana, que habia venido y muerto á su hermano. Murió tambien, pero dejando establecido un cambio fundamental en los cosas públicas, dejando á la Italia entera removiada, é interesada en su venganza.

Los Italotes vacilaron por mucho tiempo aun, y agotaron todas las formas legales antes de recurrir á la insurreccion armada. Nada tan hermoso, ni tan magnífico, como el animado cuadro de luchas, que ofrece en esta época la historia Romana; mil veces me he sentido arder, mil veces me he espantado, mil veces he oido espontáneos gritos de entusiasmo, al contemplar esas luchas del foro, en que el talento, la energia y las pasiones de partido, se mueven, se chocan, se abaten, se hieren, se ultiman con un encarnizamiento y una viveza no menos sorprendente que la de las grandes batallas, que terminaron esta evolucion social de Roma, verificada por los numerosos partidos que se dividian la ciudad y la Italia. Tal es esta época que los romanos mismos llamaron — la Guerra social, y que fué ocasionada, por la insurreccion de los que estaban oprimidos por la tirantez de la asociacion civil, que servia de cimiento á la República Romana.

Aunque es cierto que durante la guerra social lucen por todas partes brillantes rasgos de heroismo y de abnegacion, no es menos cierto tambien, que ella ofrece mil veces el espectáculo disgustante de todos los excesos de la ambicion y de la crueldad mas feroz. Desde el infame asesinato de Tiberio Graco, hasta el dia en que Silva volvió con sus listas de proscripcion en la mano, Roma y la Italia fueron el teatro de asesinatos y de matanzas sin cuento, y que las mas veces carecian de motivos racionales. El desorden y la anarquia llegaron á tal extremo, que fué necesario nada menos que la terrible intervencion de Sila para salvar á los Romanos que quedaban, y prolongar un dia mas la agitada agonía de la República.

La lucha de Sila y Mario, es una lucha entre el Senado y el Pueblo, entre Roma y la Italia, entre el ejército y las masas.

Sila y Mario vinieron del Oriente, y de las Galias á subyugar la patria. Se batieron en el corazón de la Italia, en los suburbios de Roma; y recien entonces fué cuando la sociedad romana conoció que carecia del mas sólido elemento de estabilidad: tenia estado, tenia leyes, es cierto; pero no tenia moral social; le faltaba, por consiguiente, la verdadera libertad; y no le era posible regenerarse, sin abdicar su soberania entre desordenes espantosos.

Que graves Perseæ melius perirent, quam quod audiet pugnas vijs parentum.

Rara juvenas.

Roma podia vencer á los Partos, á los Cimbios, á los Teutonos; pero no podia gobernarse á sí misma, ni hacer jugar con orden los resortes de su constitucion social. Si

uno de los partidos triunfaba con Mario, los patricios, en tregaban sus laureadas cabezas en holocausto al Dios de la Discordia, y regaban el suelo de la patria con torrentes de sangre ilustre. El grito de los oprimidos se alza, llamando de todos los rincones de la Italia; tomando las armas mas llenas de furia, se unen al partido plebeyo, para derribar á los ricos y á las nobles, que hasta entonces habian sido el gran eje de la máquina civil. Las masas de toda la Italia se lanzan frenéticas sobre Roma; para revoltarse en las calles y los pórticos de sus palacios, para vengarse así de la proscripcion con que los poderosos los habian apartados tanto tiempo. Si despues de Mario, viene Sila, el patriciado se restablece; pero adios su poder, y se somete con humildad á la formula de un tirano cruel y sangriento. El incendio, las matanzas, las proscripciones, las batallas, forman en torno de la vasta ciudad, un ruido espantoso, y el génio de la desolacion y de la inmorralidad revela, con sus alas de cuervo y sus ojos de lobo, sobre las majestuosas bóvedas del Capitolio; y sacude con el eco destemplado de sus graznidos las murallas, tan respetables del Foro.

No bien Sila, cansado de despotizar, deja las riendas del Estado, cuando vuelven á empezar las convulsiones. César, habia nacido ya; César, en quien Sila habia adivinado muchos Marcos.

Mientras las Aguilas romanas triunfaron en las Galias, en España, en Africa y en Asia; en todas partes por sus esclavos se insurreccionan á la vez de Esparta; hombre de talentos distinguidos, que tuvo pericia y fortuna para triunfar de dos Consulados de la República; las provincias de la España y de la Lusitania se levantan tambien capitaneadas por Sertorio, tan hábil, y tan capaz como el que mas entre los guerreros de Roma; en fin aquella asociacion republicana y patricia viene, con su enorme peso, los ejes que la mantenian en equilibrio, y pide en medio de horribles convulsiones, una organizacion nueva y final.

El génio patriótico hace un esfuerzo; poderoso, aun; y se foca por un instante el movimiento de disolucion. Sertorio y Espartaco, las provincias, la Italia y los esclavos, ceden de nuevo, bajo el peso de la ley romana. Romperon Catón y Ciceron, sostienen un momento las paredes venecidas de este edificio inmenso que se desploma. Durante el luto, la filosofia metafisica y escéptica, la literatura artificial y ligera, reemplazan, por todas partes, las severas virtudes y el espíritu civil, que hasta entonces habian sido el alma de la guerrera ciudad. El heroismo abandona el pecho del ciudadano, y se amalgama con la seriedad impasible y desdenosa del filósofo; deja de ser Ciudadano; y se hace Catón de Utica; el patriotismo; se condensa á la inercia; y á la impotencia; se estanca en fin; enarbolándose en la inmovilidad absoluta, indiferente, marbota del Kristianismo, y delos neoplatones.

No bien toma el poder la aristocracia, verificándose sangré aun por mil heridas heridas, que la, en fin, cuando el terrible Catilina levanta su nuevo y espantoso alarido de destruccion. En vano es que lo sofocan la pomposo y fatua eloquencia de Ciceron, la conducta inflexible tanto como firme de Catón; César participa; en sereno; del espíritu revolucionario; y esperacion la justicia y la destreza de un gran político, el momento oportuno y de realizar un trastorno fundamental y necesario en el Estado; ha recibido en herencia de los Gracos y de Mario, por línea

recta, la misión de emancipar la Italia del yugo patricio, desmoralizado ya y reducido a una pomposa y fútil vanidad, en manos de Pompeyo.

Después que César hubo disciplinado sus legiones en las bárbaras provincias de las Gálias y de Albion, viene sobre Roma; y en Farsalia decide la cuestión. La República aristocrática y patricia sucumbe; la Italia ha conquistado la ciudadanía Romana, ó mas bien, ha sustituido al Senado de los *Quirites*, un rey, un déspota, un caudillo popular. Hablando sobre estas mismas cosas, dice Mr. Cousin con una esquisita oportunidad: « El día de la democracia no siempre es el día de la libertad. »

La libertad, consiste en una combinación armoniosa y científica de todos los intereses y de todos los miembros de la sociedad: la plebe rara vez tiene razón para concebirla, y jamás tiene medios para realizarla. Cuando ella triunfa, algún hombre superior la domina; al encabezarla, para domar á sus adversarios, la doma á ella también. El movimiento se hace militar, y por lo tanto, es inevitable la dominación de un solo individuo: la oposición es crimen, porque tiende á la desorganización. Un hombre querido basta para la plebe; esta no reflexiona ni quiere reflexionar, sobre el uso que se hace del poder que dá, y los resultados funestos vienen á sorprenderla en medio de su candoroso entusiasmo.

El triunfo de César, llevado al Capitolio por las masas italianas, es el complemento de la última revolución política que podía ofrecer la Historia del pueblo romano. La revolución está consumada. César es el Dictador. Todas las prezas de la República patricia yacen despararradas á sus pies; porque César no es el Dictador aquel de los tiempos de conflicto, á quien las *gentes patricias* encomendaban por un momento, la salud del Estado: no! César escala el poder destruyendo ese Estado, dispersando y sometiendo la clase que lo había representado: se inviste del mando, apoyándose en la fuerza de las armas, en la popularidad de que goza entre las legiones provincianas; anula fundamentalmente la república patricia, anula todas las antiguas instituciones, y sustituye su persona á todo; el poder y el grito de las masas, á todos los resortes de la política hereditaria. He aquí lo que se llama hacer una revolución radical.

El espíritu patricio sacude un día su languidez; se arma de un vigor ficticio, hace un esfuerzo convulsivo, y clava barbaicamente un puñal en el pecho del glorioso déspota de Roma.

¿Qué ha conseguido?... Nada!!! matar á un héroe ilustrado, grandioso, de un génio vasto y creador, para dejar que pululen en libertad mil otros caudillos abominables, que se hartarán de sangre humana con una espantosa satisfacción. Bruto y Casio tenían fé en las tradiciones nacionales, y se armaron de puñal, creyendo que no había mas obstáculo para que reaparecieran en el Estado, que la influencia de un génio: lo único, empero, que consiguieron, fué demostrar que no conocían el espíritu de su época, y que no comprendían la revolución política que la Nación y el Mundo estaban entonces realizando.

Angusto vino de nuevo, á dar formas definitivas á la revolución de Cesar, fijando la organización necesaria que el espíritu social dominante había preparado para Roma, desde mucho tiempo atrás. La desmesurada estension de las fronteras y el extraordinario acumulamiento, bajo una misma ley de poblaciones heterogéneas y profundamente ajitadas, hacían inevitable la creación de un fuerte centro de poder y de acción. Este centro tan sólido, tan uniforme.

que se exijia, no podía ya estar en manos de un patricio corrompido, desmoralizado, y que ya había llenado su misión providencial; se necesitaba un hombre, una sola voz; y por eso es, que el eco del desaliento y de la desesperación vino á inspirar al poeta, haciéndole exclamar:

* O quisquis voluit imperia
Cœdes et valet tollere sicviam.
Subscribi statutus, indomitam audeat
Reserare licentiam.

Se necesitaba una sola institución, pero, que los elementos de la acción pública se movieran con armonía, y no traspasara, hasta la superficie, el espíritu de disolución y de caos que había en el fondo de este inmenso imperio sin unidad de doctrinas, sin unidad de moral, sin unidad de creencias, sin unidad de razas, sin unidad de idiomas; todo esto había sucedido, desde que la Nación Romana se convirtió en Imperio Romano, — haciéndose, *mundo*, lo que no había sido sino *pueblo*. Preciso es que nos fijemos, en que Roma no había cimentado en el mundo mas unidad que la del Estado y la de la ley; unidad que no podía menos que ser ficticia, porque le faltaba el único cimiento inamovible, que es la *Unidad de creencias*. Pronto veremos por que medios ganó este precioso bien la civilización occidental.

El pueblo romano, los pueblos italianos, las provincias romanas, es decir la humanidad, ganaron, en la revolución que plantó el Imperio sobre las ruinas de la República. Para concebirlo, basta reflexionar, que en un Estado populoso es mil veces mas pesado el yugo de una clase privilegiada, que el yugo de un solo individuo: la igualdad de despotismo es, hasta cierto punto, una igualdad de libertad. Por otra parte, desnudo el déspota de los intereses de clase, abrió la entrada de los altos puestos sociales á todos los que podían acercarse á ella por el mérito ó por la intriga. El despotismo político, como todos los pesos materiales, se hace tanto mas liviano, cuanto mayor es el número de cabezas que lo soportan, y menor el número de las que lo imponen.

La profunda tranquilidad que aquel gigante imperio comenzó á disfrutar, por primera vez, bajo el régimen imperial, difundió en la sociedad el gusto de los zozcos de una paz tan opulenta y tan profunda, que mas bien era inercia. El cuidado de las cosas públicas, esa eterna aprensión del ciudadano, se desacreditó como era consiguiente: recuérdese el espíritu del poeta Horacio, y se verá dominando, en la mas alta y brillante literatura, un espíritu fútil, egoísta, indiferente y frio para todo lo que es vital en una sociedad libre. Virgilio llora humildemente en sus *Bucólicas*; y cuando quiere dar desahogos á las brillantes inspiraciones de su génio, cuando quiere hablar de patria y de grandezas civiles, huye del presente, y se lanza todo entero al pasado, á los recuerdos, reconociendo que solo en ellos puede exalar las pasiones patrióticas que lo ahogaban. Recuérdese el hombre ilustre de la época, el cantado por los poetas, el célebre Mecenas; ¿Quién era? Apenas me atrevo á creer que fuese algo mas que un miserable sibarita, que uno de esos insectos percosos que engordan al pié de los tronos. Pues bien; su estatua era pasada por el pueblo en fiestas públicas y solemnes, donde no eran admitidas las de Bruto y Casio, donde nadie les echaba de menos, sino Tácito, que decía: « Sed prefulgebant Brutus et Cassius, eo ipso quod imagines eorum non videbantur. »

El poder militar de los Emperadores era superior á toda exageración, y no dejaba ni la esperanza siquiera de

concebir la posibilidad de restituir una libertad, que solo habían conocido los patricios: quizá no había uno solo entre ellos por todo el orbe romano, capaz de amarla y de comprenderla. En la serie de siglos que duró el imperio, no muestra la historia sino una sola alma de ciudadano, digna de los tiempos mas vigorosos de la República, la de Tácito. Constituida una vez esta vasta autoridad, fué ya preciso aceptarla como una forma acatada, como la expresión de la unidad del Estado y de la Ley, como una monstruosa y violenta centralización, impuesta á un pueblo inmenso, que la necesitaba así; porque no tenia unidad de creencias ni principios comunes.

Roma había mostrado, desde sus primeros años, una carencia completa de moral social: había sido egoísta, cruel, inflexible: no había abrigado en sus entrañas ni la sospecha siquiera de la caridad. La igualdad política, como doctrina de asociación, como fruto del desarrollo moral de la sociedad, era una cosa completamente ajena de sus principios que no habían señalado sus leyes. Cuando Roma lo vejaba y explotaba todo, en nombre de su interés y de sus pasiones sustituyéndolos á toda otra noción de derecho social, no sacrificaba ninguno de sus instintos, ninguno de sus principios; por el contrario, obraba en conformidad con el principal resorte de su constitución, que era absorber y devorar. Hacerla responsable de los perjuicios, de las injusticias, de las atrocidades, de los ultrajes, que ha cometido como Nación, sería lo mismo que hacer responsable al tigre, de su voracidad constitucional. ¿Por qué obró Roma así? ¿Por qué desplegó los caracteres con que la pinta la historia?... Por una necesidad íntima de su organización misma.... ¿Por qué, pues, era mala é incompleta esa su organización? Yo quedo satisfecho, cuando la historia y la naturaleza me responden de consumo: — que la civilización marcha así, al favor de sistemas incompletos, que progresivamente van incorporando á su esencia los elementos de que han menester. En el Oriente se ha visto constituirse definitiva, pero exclusivamente la idea de la religión, el vasto cuerpo de las ciencias teológicas: la sociedad, la humanidad, gimen allí bajo el peso de estas monstruosas creaciones. Se emancipan en Grecia; aparece, en esta tierra privilegiada, una brillante libertad; pero es individual, no hay Nación, no hay Estado, no hay unidad; y el espíritu de la anarquía, que sopla un momento sobre aquel suelo, lo deja aislado. Aparece después Roma con el Estado y con la Ley, unidos á la libertad; pero á la libertad incompleta, á la libertad patricia, á la libertad-monopolio, á la libertad frágil, en fin; porque carece de su sola base estable, de su única peana, que es — la de la caridad con la igualdad, es decir, la moral con la asociación. Miremos si es palpable y evidente la ley del progreso continuo, realizada en la civilización. Pasar del éxtasis contemplativo á la pasión, de la pasión al egoísmo, es progresar, hablando racionalmente; y tal es, la marcha que la sociedad política ha hecho, pasando del Oriente á Grecia, y de Grecia á Roma.

De dónde sacarán, las sociedades humanas la doctrina de la asociación moral, que tan altamente pedía ya el espíritu moderno cuando el Atleta romano comenzaba á sentir el lánguido sopor que precede á la muerte? Apenas hay en la historia hecho alguno, que resalte con mayor vigor que éste, en medio de sus páginas. Siglos hacía ya que el espíritu griego (recuérdese que lo hice notar) trabajaba por asimilarse las doctrinas teológicas del Oriente, y por darles las formas de una moral individual, humana, socialista, si me es permitido introducir aquí este término moderno.

Desde Pitágoras hasta Epitecto y hasta Séneca, en Atenas, en Roma y en Alejandria, hubo siempre un Cénaculo de hombres escogidos, de pensadores soberanos, que dejando rodar la política del mundo por su fatal pendiente, se ocupan de elaborar creencias, de desparramar convicciones, de formular en fin las doctrinas absolutas, que corresponden á los destinos filosóficos del hombre, como individuo, como sociedad, y como humanidad. Tomad á Platon y á sus iguales, y vereis donde estaba ya en este el trabajo, en los últimos tiempos de la Grecia: recordad los resultados con que lo habían enriquecido las famosas escuelas de Alejandria, y vereis cual era el estado que tenia esta elaboración de doctrinas morales y socialistas, en los tiempos del Imperio Romano. El espíritu griego trabajaba, pues, ardientemente sobre las doctrinas teológicas del Oriente, con el objeto de arrancarles una filosofía social, humana, capaz de armonizar la humanidad entera, por medio de la *unidad de convicciones*. No había remedio; ó la civilización realizaba esta conquista, ó perecía con el Imperio Romano, y quedaban anuladas y contradichas todas las leyes históricas de Dios.

No temamos por el destino de la humanidad, que es Dios mismo quien se ha encargado de él.

Sócrates, Platon, Aristóteles, Zenon, Epitecto, y muchos otros pensadores pacíficos y profundos, se ocupan de estudiar los resortes del pensamiento humano, el secreto de sus afecciones y de sus pasiones, la ley de sus acciones, y mil otros problemas de un encadenamiento directo con los misterios de su destino colectivo é individual. Estos génius nada producen para la sociedad contemporánea; á sus escuelas vá solo un pequeño número de discípulos, hombres cansados del desafuero público, que, para consolarse de él, han resuelto remontarse al mundo de las investigaciones metafísicas, á la región de las utopías, en cuyo encanto buscan el olvido de las realidades. La sociedad griega ó romana, es decir, las leyes contemporáneas, ningún fruto sacan de sus lentos trabajos; no importa! estos hombres se ocupan del porvenir; y á fé que lo preparan inmenso para la humanidad.

Muerta la Grecia, sus doctrinas emigran á la jurisprudencia Romana, y á Alejandria. Los juriconsultos las reducen á la expresión geométrica de una justicia parcial, encerrada en los términos expresos de la ley civil; la justicia pública, que es la igualdad social mantenida por la moral de la asociación, no podía existir en el Imperio Romano; porque esta justicia no marcha sino en los hombros de la libertad. Mas, en las escuelas de Alejandria, al pié de las colosales creaciones del Oriente, fué donde el espíritu griego bebió la esencia de la filosofía social, de la doctrina de Asociación, que necesitaba el mundo para rejuvenecerse. Atacado y destruido, por esta filosofía, el espíritu, anárquico y fútil del Paganismo Griego; desvanecidas, por ella también, las formas gigantescas y monstruosas de la Teología oriental, empezó á expandirse lentamente el espíritu racional del deísmo que envolvían las doctrinas orientales, amalgamado con la tendencia práctica, social y moralista, que era propia del génio Occidental.

Permitásemme agregar dos palabras acerca de este precioso desenvolvimiento del espíritu filosófico de la Antigüedad.

Al señalarlo, estoy muy lejos de asegurar que él fuese popular en aquella época: no! No había bajado por cierto, á la conciencia de las masas, ni podía bajar tampoco, sino después de muchos siglos de acción y de trabajo. Era, por consiguiente, un jérmén del mundo futuro, y no un

elemento del mundo contemporáneo. Reflexionemos en lo que, aun hoy mismo, cuesta para que las especulaciones filosóficas bajen a la conciencia de las masas; hoy que tenemos la imprenta y tantos otros poderosos medios de propaganda y de popularización. Era preciso que la Grecia elaborase lentamente la filosofía antigua, y que la socializase; para que Roma la pudiera incorporar al Estado, bajo la forma de ley civil; y para que las predicaciones cristianas pudieran depositarse en el seno de las masas, como el jérmén de la Asociación libre y moral de los tiempos futuros, de esos tiempos que comenzamos a ver ya, de nuestro siglo, adquiriendo una innegable realidad.

Acaba de deslizarse, la última palabra que he de pronunciar en este ligero opúsculo. He hablado de cristianismo. Me explicaré.

Con el impulso filosófico de que antes hablaba, coincidía un gran movimiento social, una profunda revolución.

En medio de todos los pueblos que acabamos de ver figurar en la escena de la historia, se había conservado una cuyas creencias religiosas le habían sido directamente reveladas, de viva voz, por la Divinidad; que en distintas épocas se había puesto en comunicación material con él. Este pueblo era, entre todos los antiguos, aquel sobre quien Dios había fijado sus miradas, sobre cuya suerte influía de un modo inmediato, y con frecuencia. Le había prometido poner en él a su mismo hijo, el Verbo encarnado de su completa sabiduría; y, aunque muchos otros pueblos del Oriente creían tener también la misma dicha, y adoraban varias encarnaciones de la Divinidad, tales como las de Visnou en Rama, las de Chiva y otras; el pueblo Judío era solo el que verdaderamente estaba predestinado a producir este profundo misterio, de tan inmensos resultados para la civilización moderna. Quizá no tenían los otros esta creencia de la Encarnación Divina, sino por haberla robado a las doctrinas judías. En fin, no olvidemos que lo que la humanidad necesita es una doctrina de asociación moral y de libertad, una creencia universal; no olvidemos que hemos dejado a la filosofía griega entregada a la vasta empresa de elaborarla, desde algunos siglos atrás. Ahora es cuando nace en la Judéa el hijo de Dios, el Cristo, que va ser el eje de esa doctrina y que la va a desparramar por entre los hombres, para crear una gran nación — la Cristiandad, — constituida sobre tan sólidas y tan anchas bases que dentro de ella hay libertad e independencia para todos los pueblos, leyes para todos los Estados, igualdad para todos los individuos; desde entonces, el despotismo, cualquiera que sea su género, es la violación de la moral y de la política cristiana.

Hay en este gran movimiento de asociación, que el cristianismo imprimió a la humanidad, una perfecta analogía con las aspiraciones de la filosofía griega. Bien se sabe que los Padres de la Iglesia, han dicho, que Platon ha sido un *cuasi inspirado* por Dios; bien se sabe el uso que la Teología católica, tan profunda como grande, ha hecho de Aristóteles y Platon; bien se sabe la codicia insaciable con que devoraban la lectura de sus libros.

Pero, no nos precipitemos; no se vaya a creer que yo sostengo que estas revoluciones se realizan, así, como se conciben. El mismo elemento, que contenía la propagación de las doctrinas griegas, va a pesar sobre las doctrinas cristianas, deteniendo los preciosos resultados que la humanidad debía esperar de ellas. El tiempo, lo somete todo a las lentas condiciones de su fatal influencia. Pensemos en las masas; pensemos en su atraso; pensemos en su corruptor y en su ignorancia; y comprendremos las luchas

y los obstáculos que las buenas doctrinas prueban en la Historia. La filosofía griega no podía pasar a ser el patrimonio de la sociedad humana, ni a impregnar el espíritu de todas sus instituciones, sin verse ante mezclada; por la influencia del tiempo, en grandes y fundamentales revoluciones. ¡Bien! Igual cosa había de suceder al cristianismo. Antes de que las utilísimas y puras doctrinas; que iniciaba, produjeran sus resultados sobre la mente y el corazón de los pueblos, debían pasar al través de terribles trastornos, mirándose muchas veces confundidas en el desquicio general. En fin, estenderme mas sobre esto, sería salir de los pueblos antiguos, y revolver con una mano cansada las páginas de la Historia Moderna.

Antes de concluir, debo señalar un tiempo esencial, a saber; que no siendo el cristianismo filosofía pura, sino Religión, culto, creencia, tenía manifiestos puntos de contacto con las creencias orientales. Aunque Jesus anuncia en su doctrina, de un modo eminente, el espíritu de su época, era, por otro lado, una continuación de Moises; y no es necesario diga, que Moises era un miembro del Imperio de los Faraones, un discípulo, quizá, de la casta Sacerdotal del teocrático Egipto, que tantas analogías tenía en la Judea. De aquí, resulta un hecho que me abstendré de juzgar, y que apuntaré solamente. El espíritu puro y exclusivo de la filosofía abrió una lucha evidente contra las contradicciones orientales, que el cristianismo traía incorporadas a su seno. Por esto es que el espíritu escéptico é independiente de la filosofía griega aparece periódicamente, en la historia moderna, de cuando en cuando, y en épocas muy marcadas, con intenciones muy claras, con medios muy conocidos, con aspiraciones muy sencillas. El *Clasicismo* es muy travieso; no hay que mirarlo con descuido.

He concluido aqui mi tarea. El espíritu de la civilización emigra del Mundo antiguo; y no se vaya a creer, que esta emigración sea una mera figura de retórica, que se me ocurre al pasar de los tiempos antiguos, y de su historia, a los modernos tiempos, a la historia de nuevos países y de nuevos pueblos. ¡No! Consta, que esta emigración era un hecho presentado y profetizado por las mas sagaces y valientes cabezas de la antigüedad. La encontraremos en los *Jermanos* de Tácito, a cada línea: y si abrimos las *Épocas* de Horacio, le veremos ejercer a Roma, al mismo tiempo que canta con entusiasmo el triunfo del mundo futuro y su risueña suerte:

Hæc, et quæ poterant relictis abscondere dulces,
Eam, omnes execrata civitas.
.....
Etrusca procer et volate litora.
Nos matet Oceanus circumvagans: arva, beata
Pelæus arva, divites et insulas.
Reddit ubi Cereeræ tellus inarata quotannis
Et imputata Hæret usque vineæ;
Germinat et nunquam fallentis termes olivæ
Suaque pulla flouis ornât arborem;
Mella cava manant ex illic montibus albis
Levis crepan lympba desilet pede.
.....
Pluraque felices mirebimur, ut neque hæretis
Aquosus Eurus arva dat imbribus;
Pinguis nec siccis urantur semina glebis;
Utrumque rege temperate coelium.
Non huc Argo contendit remige pinus;
Neque impudica colchis intulit pedem;
Non huc Sidonii torserunt cornua nauate
Laboriosa nec cohors Ulixæ
Jupiter illa piæ secrevit litora genti
Ut inquinavi cœre tempus aureum:

Aerea de hinc ferro duravit secula, quorum
Pis secundæ vate me datur fuga.

Esta es la bendición que nuestros venerables antepasados pronunciaban al sentir los primeros movimientos del embrión de este Mundo en que vivimos hoy. La tierra dichosa y férax que Horacio pinta, en estos versos, es — el *Porvenir*: leño, el poeta, del hastío y del desprecio que le inspira la cadavérica civilización, que se arrastra en las calles de Roma. ¡Eamus omnes execrata civitas! exclama, y se complace en pintar, con su profética fantasía, el bienestar del mundo moderno, diez y nueve siglos antes de que se formara. Permitaseme decir de paso, que estas son las dotes que hacen grande y sublime a Horacio, y no el arte estrecho con que quiso asignar reglas a la poesía. Todos los pueblos del mundo antiguo han cobijado y sustentado y fortalecido como se vé, por un momento, el espíritu de la civilización. El pasa ahora al mundo nuevo, nutrido ya con lo mas puro de los sudores de la Humanidad Antigua a revolver las rejonés bárbaras y desdichadas, a enrolar a todos los pueblos bajo un mismo emblema; a elaborar, en medio del caos, el espíritu social moderno para darle formas definitivas, y hacerlo desplegar en pocos siglos las alas inmensas con que hoy protege y regenera a todas las Naciones.

Mas, no nos olvidemos tan pronto de la antigüedad. Al rededor de la civilización actual tenemos cual *monías* de sociedad, a todos los pueblos antiguos. Si! Ahí están, con sus mismos hábitos y sus mismas propensiones. Es un error suponer que hayan desaparecido de la tierra. Viven, y viven idénticos a lo que eran cuando representaban un hermoso y brillante papel en el mundo. Lo que ha sucedido, es, que su génio y su espíritu han permanecido los mismos que antes eran, mientras que los tiempos han andado: ese génio ha venido a ser importante, por esto, para figurar con relieve en medio de las cosas modernas. Hé aqui la razon de que sean estacionarios, y de que vivan en la oscuridad. Mírese la Italia, la Grecia y la España; las mas modernas entre las naciones antiguas; digo las mas modernas, porque aun en aquellos remotos tiempos, en que brillaron, lucian cualidades especiales del espíritu reinante en estos dias, que llamamos nuestros: mirelas hoy, — son los mas antiguos de los pueblos modernos: son planetas del mismo sistema solar en que nosotros jiráramos, pero planetas lejanos, sin verdadero resplandor, que recien comienzan a moverse en el mundo de los vivos: son pueblos, que balanceándose entre el presente y el pasado, duermen perezosamente sobre las ruinas y los recuerdos. Si se fija la atencion en uno ú otro literato, en una ó en otra ciudad, la alucinacion inducirá a creer que estoy equivocado: no, yo no hablo de individuos, hablo de los pueblos. La Italia con sus salteadores, sus contrabandistas y sus *vendettas*, es hoy todavía la Italia romana: sérios viajeros y profundos escritores no le enseñan. La Grecia es casi la misma que fue antes, anárquica, indisciplinada, pirata, sin unidad real; gracias a las inmensas influencias europeas, que pesan sobre ella, si dá pasos en la carrera de la constitucion y del órden. Mas allá encontraremos, de una manera mas acabada, a los pueblos verdaderamente antiguos; el asiático, el árabe, el judío, el africano. ¡Oh! saludemos con respeto a estos venerables restos de la Antigüedad, que se agitan y viven en medio de nuestro mundo jóven; y deseemos que cuanto antes luzca el dia en que esa civilización preciosa, que los pueblos modernos han producido trabajando las riquezas que de aquellos heredaron, pase a

inocular su vigor vital en esos grandes cuerpos, que duermen indolentemente sin beneficio presente de la humanidad.

Esta es mi última palabra, mi último voto, al cerrar este rápido cuadro, en que he querido ofrecer los grandes resultados, que han dado a la civilización humana los pueblos antiguos. Deseo la *filosofía y la libertad para todos*: su culto está providencialmente destinado a reinar sobre el orbe.

VICENTE FIDEL LOPEZ.

El Bandido.

Prolet! sine matre creatum.

(Concluye)

XIX.

La meditacion, esa sublime facultad con que Dios ha ennoblecido al hombre, procura levantarle siempre sobre las impresiones del momento, para evitar que lo arrastren a la satisfaccion brutal del instinto. Si bien esa facultad es natural y se desarrolla espontáneamente en el alma, necesita ilustrarse, ejercitarse y ponerse en comunicacion recíproca, por que el hombre no es sino la continuación del hombre, en todo sentido, — y para que sus facultades den el resultado de que son capaces, necesario es que el individuo se complete con la inmisión de todo su ser en la masa social, así como la masa social necesita completarse con su confusion en la unidad humanitaria.

Socializar al hombre, hé ahí el programa de su perfeccion; pero socializarlo no es obligarle a tener un domicilio, obligarle a ganarse su pan con el trabajo, a prestar ciertos servicios puramente materiales; esto será efecto de su sociabilidad, una vez conseguida. — Socializar al hombre es elevar su espíritu a los fines de la sociedad, es entrelazar su espíritu a los demás espíritus, para que sus hechos respondan a los hechos de todos.

Esta tarea se desconoce completamente. — El hombre se halla por lo general en tres estados muy distintos: en completo abandono moral, entregado a malas enseñanzas, elevándose por sí mismo a un nivel superior.

En estos dos últimos casos ó se forma un criterio artificial é infucio, ó estraviado en la esfera de su superioridad, desdeña la sociedad como elemento vivo y la busca como instrumento ciego — Así es el mundo civilizado— hoy grandes masas de egoistas que compran su tranquilidad particular a precio de indiferencia por la tranquilidad pública, y círculos de señores de las situaciones que dominan a título de audacia y por la amenaza de destruccion.

En el primer caso, el hombre en completo abandono moral; es como esas exalaciones que estinguen su brillo, no encontrando en el estrellado firmamento, la constelacion y el punto de su colocacion. — Debatio entre sus impresiones del momento, no encuentra el impulso de su alma, cede a los impulsos exteriores, y es la presa de la seducción física. Si es una muger entrega su cuerpo a la voracidad de ese monstruo insaciable que se llama placer; si es un hombre entrega sus fuerzas a esa máquina infatigable que se llama egoismo; el espíritu se estingue y si brilla en algunos instantes, ilumina con la vaguedad y fosforescencia del relámpago su propia miseria y degradacion.

Tal le sucedia a Amaro; su espíritu le reflejaba su crimen, y espontáneamente vislumbraba en los contornos de su vision, un reproche terrible pero indefinido, inesplica-

ble para él. Tembló; se encontró solo y abismado entre dudas espantosas; era ese el instante de estenderle una mano salvadora, pues él la hubiera estrechado con ternura y hubiese aceptado en ese momento el yugo saludable de la sociabilidad — Pero el pobre naufrago en vez de hallar el auxilio fraternal, sentía las garras iracundas de un persecutor implacable á quien debía considerar como un monstruo del abismo en que había caído, que le disputaba su salvación.

El momento de meditación saludable se estinguió; la exaltación perdió su brillo; el mundo de la idealidad desapareció á su vista y volvió á caer en el mundo de sus impresiones.

A la luz de un relámpago, Amaro apareció doblegado ante la férrea mano que le tenía asido; magnífico cuadro que representa la presa de la sociedad, pero que nadie se atreviera á decir que puede representar la conquista de la civilización.

Amaro volvió á su ser; sus visiones, sus temores, todo se desvaneció de su espíritu, ante la necesidad de escapar de aquella difícil situación — En cuanto la reconoció, en cuanto oyó la voz amenazante de su persecutor y sintió sus garras encima llevó su mano á la cintura, sacó de ella un puñal y deslizándolo por su pierna derecha, lo tomó con los dedos de su pié descalzo — Asegurada así su defensa, contestó con la mayor calma á la interpelación de su captor:

— Es cierto que quería escaparme; pero ya veo que no puedo y me conformo.

— Ya lo creo! — contestó el guardian del orden, — bastante trabajo nos has dado — ¿Qué serías tú de hombre si esto haces de muchacho? — Y para desarmar á su presa trató de buscarle el cuchillo en la cintura, que no halló, justificándose la prevision del muchacho en ocultarlo.

— Qué quiere Vd? señor; me han *trato* tan mal! — contestó este, sin dar á conocer que se preocupaba de la acción de su interlocutor.

— Está bien, allá veremos; por lo pronto pareceme que tú mereces eso y algo mas — Muchacho, eres un bandido! — Camina, que no está este lugar para permanecer en él. . . .

Y trató de empujarlo hácia adelante para que obedeciera lo que le ordenaba.

Pero Amaro empezó á quejarse lastimosamente y á torcerse, demostrando que sufría un dolor muy agudo.

El guarda trató de observar á su presa y preguntóle: — ¿Qué tienes? Por qué estás aullando como un perro?

— ¡Ay! señor! — contestó Amaro afectando el tono mas suplicante — me estoy clavando una espina en el pié ó me está picando alguna víbora, . . . déjeme ver. . . .

El guarda se dejó convencer; por lo demás, creía demasiado segura su presa, para pensar en una evasión: accediendo pues, á lo que se le pedía, inclinóse tambien para observar la herida de que Amaro se quejaba.

Pero Amaro había ya recojido y empuñado su cuchillo, y dando un salto hácia atras, exclamó, esgrimiendo su arma: — *Agárrame, ahora, si puedes!*

El guarda no pudo menos que asombrarse de tanta astucia — Demasiado sabia él que los muchachos en el campo se ejercitan siempre en el manejo del cuchillo, sirviéndose en su lugar de costillas de vaca, y que por consiguiente, no son menos diestros que un hombre — En esa lucha de pura destreza, ninguna ventaja era para él su fuerza; tratar de desarmarlo era una imprudencia, pues en cuanto diese un paso para hacerlo, el muchacho, con

su agilidad adiestrada le heriría indudablemente. Tuvo pues, que resignarse á luchar con iguales armas y sacando á su vez el cuchillo, trató de defenderse, parando los golpes que le traía.

Amaro saltaba con una agilidad admirable y el guarda empezaba á fatigarse de buscar á su adversario por derecha é izquierda sin hallarlo á tiro — Los relámpagos, eran el único medio de que los combatientes se viesan, de modo que la lucha se interrumpía cada vez que la oscuridad los separaba — Amaro describía un círculo al rededor de su adversario calculando la situación en que quedaba, para escojer el momento de atacarlo, y para que no se moviese, redoblaba sus amagos en los instantes en que había luz; pero derrepente un nuevo relámpago vino á demostrar al guarda que su contrario había desaparecido y en vez de recibir el amago que esperaba se halló él solo en guardia. — Amaro, aprovechando la oscuridad se había ocultado entre una mata de pasto para aprovecharse de la vacilación que esto produciría en su enemigo — Sú estratèja surtió efecto: cuando otro relámpago aclaró la escena, el guarda daba la espalda á Amaro, que rápido como el mismo relámpago, saltó sobre él, clavándole repetidas veces su cuchillo.

El hombre cayó retorciéndose con las angustias de la agonía, y Amaro con el cabello flotante y el puñal homicida en la mano, trepaba la cima de la colina, como una sombra fugitiva que se desvaneciera en el espacio — Y la tormenta bramaba, atronando los ecos del valle.

XX.

En los pocos dias que Amaro llevaba de horfandad, entregado á sus propios impulsos y recursos, había adquirido toda la experiencia que necesitaba para ser dueño del desierto: su nombre debía ser célebre ya en todos los alrededores; los peones de la estancia que habían presenciado su primera hazaña y los soldados cuyo jefe acababa de matar, eran suficientes testigos para acreditar su valor y su destreza, únicos méritos que acuerdan la celebridad entre los habitantes de nuestros campos.

El nombre de Amaro era ya, indudablemente, temido por los estancieros pacíficos y laboriosos, respetado por las partidas de policia, admirado por todo el paisanaje. — Era dueño del patrimonio de los primeros por el temor, y así podia exigir de cualquiera caballos, aperos y toda clase de recursos; podia descansar en cualquier casa seguro de que nadie le denunciaría por temor de sus terribles represalias; así podia recorrer los campos seguro de que su prestigio detendría á sus persecutores; en fin, el dia en que para una empresa necesitase el concurso de algunos hombres de valor, no tenia sino que invitarlos y reuniría un grupo considerable.

Amaro en tres dias, se había labrado un porvenir, se había conquistado una posicion; un porvenir, porque todas las fortunas estaban á su merced: una posicion porque en la primera guerra obtendria con el indulto la colocación que deseara segun el número de adeptos que reclutase — Amaro era ya uno de esas esperanzas de los vagos y de los aspirantes políticos y podia ser un caudillo el dia que quisiese. — Tal ha sido y tal es la situación de nuestros campos. — Y nadie se preocupa de ella!

En las pulperías ó tabernas se le nombraba y aun se exajeraban sus hechos; los trovadores cantaban coplas en su alabanza ó hacian el romance de su vida y los soldados murmuraban supersticiosamente diciendo que un muchacho que hacia lo que nuestro heroe había hecho, *no andaba*

solo, expresion que significa — *gozar del auxilio del diablo*. No faltaba alguno que asegurase tambien que donde él andaba bailaban las ánimas de los muertos, contentas de tener un servidor tan obsequioso.

Para que Amaro sacase partido de estas impresiones que su nombre despertaba, no faltaba sino que llegase á conocerlas, el dia que apareciese por una de esas tabernas donde siempre hay reunion de público al propósito, ó se presentase en una de esas estancias alarmadas con su presencia.

Para que comprendiese el alcance político de esta reputación solo faltaba que uno de esos aspirantes le pidiese su cooperación. — Poca cosa pues le faltaba para ser un caudillo, é indudablemente lo hubiese sido, si un acontecimiento casual, no hubiese venido á truncar su carrera.

Algunos dias despues de la escena que describimos en el capitulo anterior, Amaro comprendió ante todo la necesidad de un caballo ensillado que reemplazase al *tostado* que había perdido. — Al efecto dirijia sus pasos á la primera estancia vecina, donde por grado ó por fuerza, tomaria lo que necesitase.

Para conseguirlo era necesario atravesar el camino que viene sobre la cuchilla grande desde el Departamento de Cerro-Largo, porque no creia prudente aun retroceder al Departamento donde había sido perseguido.

A pocos pasos de una bajada que hacia el terreno, descubrió á un viajero que daba respiro á su caballo, sentado tranquilamente sobre el pasto.

Era un hombre que representaba una edad avanzada, mas bien por sufrimientos del espíritu que por la edad misma — pues en sus ojos se veia aun el brillo de la virilidad, aunque su cabello y sus largas barbas estaban completamente blancas. — Habia en su persona un aire de gravedad y distincion que imponia respeto y al mismo tiempo tal expresion de tristeza que interesaba y lo hacia simpático.

Amaro al descubrir aquel viejo, con su aspecto venerable, se sintió de pronto impresionado; para el corazon mas perverso hay dos cosas que impresionan siempre — la cólera divina espresada en las tempestades de la naturaleza y la dignidad de la virtud y del valor retratados en el noble aspecto de un anciano — Indudablemente se asociaba en la mente de Amaro, de un modo misterioso, el furor de la tempestad de la noche en que dió muerte al guarda y la calma venerable de aquel hombre; — quiso retroceder, pero sin duda, avergonzándose de sus recelos, volvió sobre sus pasos.

— El caballo de ese viejo, — se dijo á sí mismo — es demasiado bueno y me hace mucha falta.

Y encaminóse resueltamente hácia él.

El anciano al observar á nuestro bandido sonrió dulcemente, y despues de saludarlo con cariño.

— ¿Eres de este pago? — le preguntó.

— Soy — contestó Amaro algo turbado — ¿qué se le ofrece?

— El viajero observó á su jóven interlocutor, sorprendido de su respuesta brusca y desdenosa, y mal impresionado de su aspecto, sin duda, no contestó nada, ni volvió á dirijirle la palabra.

Amaro se acercó entonces al caballo y palmeándolo para reconocerlo, exclamó:

— Buen *flete* trae, abuelo — ¿No me lo vende?

El viejo volvió á mirar al muchacho, y sin duda quedó mas disgustado de su aire irrespetuoso y burlon; pues le

vantándose y tomando la brida de su caballo se limitó á contestar:

— Anda, hijo, donde debes ir, anda.

— Contesté pues — dijo este — ¿Me vende ó no me vende el *pingo*?

— ¿No te han enseñado, hijo, á respetar á los viejos? — preguntó á su vez el anciano con una triste sonrisa sobre los labios.

— Á mí no me han enseñado nada; yo solo he aprendido á buscarme lo que necesito.

— Desgraciado! — ¿No tienes padre?

— Ni madre, ni perro que me madre, pero en cambio tengo éste — dijo el muchacho sacando su cuchillo y describiendo con él un círculo en el aire — éste que es toda mi parentela.

— Pobrec muchacho! — exclamó el viejo meneando la cabeza — es un perdido! — Dime ¿qué piensas hacer con ese cuchillo?

— Echarte las tripas afuera, viejo pícaro, si no sueltas ese caballo.

El interpelado se sonrió desdenosamente y contestó con calma:

— Buena educacion te han dado — ¿Conque ya sabes esas cosas?

— *No las he de saber!* — exclamó Amaro y al instante se arrojó sobre el anciano, dirijéndole la punta del cuchillo

— Este no tuyo otro remedio que ponerse á la defensiva, párandole los golpes que recibia con el cabo de su rebenque:

— Muchacho! — decia de cuando en cuando — no me hagas enojar, *andáte!*

Pero Amaro, que no creia hallar tanta y tan flemática resistencia, redoblaba sus ataques.

Derrepente el anciano, por un movimiento extraordinario de agilidad, logró asir del brazo al muchacho y estenderlo en el suelo, desarmándolo — Amaro oprimido bajo la presion de tan vigoroso brazo exclamó lleno de vergüenza:

— Mateme, mateme; yo tengo la culpa.

Con los movimientos de la lucha la camisa del vencido se había entreabierto y salia fuera de ella aquel relicario que su abuela le había dado y que siempre llevaba consigo.

El viajero no oyó las últimas palabras de Amaro por que toda su atencion se absorbia en esa insignia que pendia de su pecho.

— Desgraciado! — exclamó el viejo — ¿De donde has robado ese relicario?

— Ese relicario! — dijo Amaro sorprendido — ese relicario, yo lo he robado, es mio.

— Mientes! — ese relicario no puede ser tuyo, — replicó el anciano.

— Me lo dió mi vieja abuela poco antes de morir, diciéndome que era de mi madre. . . .

— De tu madre? . . . gritó el viajero desesperado.

— Sí, de mi madre. . . tique pelo tambien de mi padre. . . .

El viejo abrió el relicario y observó su contenido.

— ¿Cómo se llamaba tu madre? . . . ¿Cómo se llamaba tu padre? . . . ¿Qué son de ellos? — Habla, habla! . . .

— Mi madre se llamaba Maria; murió de sentimiento por la muerte de mi padre y de mi abuelo. Mi padre se llamaba . . .

— Hijo, hijo mio. . . desgraciado hijo! . . . gritó el anciano con una esplosion indefinible de dolor, cubriéndose el semblante con las manos para ocultar ó contener las lágrimas que corrian por sus mejillas.

Amaro quedó estupefacto; todo se presentó en este momento en confusos contornos a su memoria; la casa paterna, su vieja abuela, los usurpadores de la estancia, el capataz asesinado por él, el valle, la tormenta y aquel viejo terrible en cuya presencia todo esto tenía para él un dulzaceo incomprendible — Era indudable que su padre sabía de la tumba para anonadarla.

El noble anciano quería estrechar a su hijo entre sus brazos, pero por un movimiento irresistible apartaba de él la vista con horror: era su hijo; todo se lo demostraba, pero su hijo perdido, su hijo desnaturalizado por el crimen.

El viajero que no era otro sino Jacinto, el emigrado y procesado en el Brasil, volvía de su destierro, absuelto por los esfuerzos de su noble defensor el Dr. Mendoza, y se recreaba en la idea de encontrar a su familia — Pero terrible desengaño! En vez de aquella felicidad que esperaba, como recompensa a sus largos sufrimientos, encuentra a su hijo precipitado en la última grada del crimen, y sabe por su boca que su esposa ha muerto y que sus bienes han sido usurpados.

Desahogó su dolor con el mas amargo llanto, y permaneció un instante en la inacción y trastorno de la desesperación. Por último, elevando su vista al cielo, como para dirigirle una interpelación, montó en su caballo, ordenó a Amaro que subiese a la grupa, quien le obedecía en todo maquinalmente, — y enjugándose las lágrimas:

— Huyamos, hijo, exclamó: — tú de tus crímenes y yo de la sombra de mi desgracia!

El caballo fue lanzado a toda brida y el grupo desapareció en la distancia.

Sin duda esta escena misteriosa fué presenciada desde lejos, por alguno que perseguía a Amaro, porque cuenta la tradición que éste fué arrebatado por un brujo, y desde entonces no volvió a tenerse noticia de su paradero.

FIN.

LOS INFIELES

COMEDIA EN UN ACTO.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS Y ARREGLADA A NUESTRA ESCENA

ESCENA IX.

JULIAN, solo.

Este señor habla de Ernestina con un calor singular!... Qué felicidad si pudiese ser un rival!... Pero, aun cuando él la amara, desde que ella me permanece fiel, no estaría por eso mas adelantado!... Eh!... pero... oigo... creo...

ESCENA X.

JULIAN, MARTIN.

Martin llegando por el fondo — Ah! por fin os encuentro mi querido...

Julian — No seas molesto perezoso!... Tengo gran necesidad de ir y descansar tambien con impaciencia!

Martin — El señor es muy bondadoso!... A fé mia, creía haberme engañado; no conocía estos parajes, apercibi una casa de bella apariencia... Hallé una de las rejas del jardín abierta y he llegado hasta aquí sin encontrar a nadie!... Empezaré ya a inquietarme!

Julian — Déjate de charla — Has desempeñado tu comisión?

Martin sacando una cartera de su bolsillo — Si, señor, aquí está la cartera que encierra vuestros doscientos mil francos: (Se tarda.) ¡Uf! Me felicito de haberme sacado este peso de encima!

Julian — Bien; escúchame ahora... vas á saber quien desgraciado soy!... Ernestina, con quien hace seis meses debía haberme casado...

Martin — No os ama ya...

Julian — Al contrario, me es siempre fiel, y he aquí lo que me desespera!

Martin — Diab! sois difícil de contentar... Pero no comprendo...

Julian — Durante mi viaje, me he enamorado de Adela, viuda y hermana de Ernestina, que tambien ha venido á esta casa, y participa de mi amor...

Martin — Ah! Estoy ahora — De modo que os halláis entre dos jóvenes, lindas ambas y que os adoran!... En efecto señor, es una verdadera calamidad y sois un hombre digno de compasión!

Julian — Imbecil!... Comprendes muy bien que no quiero casarme con Ernestina... Pero cómo librarme del compromiso sin herir su amor propio y sin enfadar á Adela que tampoco quiere perder la amistad de su hermana?

Martin, aparte — Y que por efecto de esa amistad le roba su amante!

Julian — Y bien! ¿Qué es lo que dices?

Martin — A fé mia, señor, digo que el caso es bastante difícil... Seria preciso hallar un pretexto decente para romper nuestro compromiso...

Julian — Me falta uno, sin duda. Vamos Martin, un pretexto... despáchate.

Martin — Un momento, señor; no es posible ir tan de prisa!... Esperad... si... no, no... sin embargo...

Julian — Y bien?...

Martin — Ah! Ya lo tengo!... Pardiez, señor, sois feliz con tener un géniu á vuestro servicio...

Julian — Pero habla; ese medio...

Martin — Nadie me ha visto entrar; no se sabe qué os he hablado; esto nos sirve de maravillas!... Es necesario en primer lugar...

Julian — Ah! Dios mio!... Todos vienen aquí á buscarme para que demos un paseo por los jardines... no podré decirme...

Martin — Corred á reuniros con ellos; es preciso que no me vean aun; no estoy preparado... Mas tarde los traeréis á este salon.

Julian — Pero tu proyecto...

Martin — No se malogrará; no temais, y estad pronto á segundarme...

Julian — Segundarte!... Pero si no me has dicho nada!...

Martin — Es igual, señor; me adivinareis facilmente.. Id... Id... os respondo de todo!...

Julian — Vamos; me abandono á tí...

ESCENA XI.

MARTIN, solo.

Bueno! ya se alejan!... mientras que todos ván á pasearse, tengo tiempo de prepararme para la aventura de que voy á hacerme héroe!... Los criados, á lo que parece, están ocupados por otro lado... Vamos, el caso es fortuito — Desarreglemos esta corbata!... despedazemos este chaleco... desgarrremos un tanto esta pechera!

... ¡Qué lástima! Es un obsequio de una bordadorcita!... No importa! Es necesario hacer sacrificios!... Eso es... En desórden el vestido!... el peinado!...

Yamos... Héme ya aquí un hombre asaltado, apaleado y robado... como tantos otros!

¡Cuántas veces en pos de una belleza!

Por vencer el rigor de su aspereza

He sabido jugar bien papel!

Descomponiendo todo mi semblante,

De trágica aventura horripilante

Como el héroe inmortal me mostré!

Entre las iras de mi ardor violento,

Dando á mi voz de la verdad acento,

¡Cuántas concluí á mi farsa por dar fé!

Consagro yo mi hechura

En ara á la beldad,

Sirviendo á la locura

Á espensas de verdad.

De súbito tambien, si se me ordena

En un bosque sombrío, ánima en pena,

Al espanto sucumbo y al temor!

Y á nadie en esta vida he conocido

Que muerto, como yo, se haya creído,

Exámíne de angustia y de terror!

Se quiere por alguna oculta trama

Espantar al objeto que se ama?

Bandidos cuantos quiera tengo yo!

Y de mi plan siniestro en el abismo

Concluyo por robarme yo á mi mismo

Si no me es dado hacerlo al fin mejor!

Consagro yo mi hechura

En ara á la beldad,

Sirviendo á la locura

Á espensas de verdad.

Pero el tiempo desliza, sin espera

Demos la voz al viento lastimera.

(Se arroja en un sillón, como un hombre desesperado, y empieza á gritar.)

Ah! desgraciado!... ¡cielos!... socorredme!

Ah! qué dirá mi amo cuando sepa?...

Dios mio! cómo hacerle conocer...

(Mas bajo) No vienen... ¿serán sordos por ventura?

(Gritando) Ah! desgraciado!... ¡cielos!... socorredme!...

ESCENA XII.

MARTIN, sirvientes de la casa.

(Los sirvientes llegan por varios lados.)

Gritos se hacen oír por este lado...

Será algún desgraciado que se queja!

(Dirigiéndose á Martin que se golpea la frente.)

Hablad, — ¿qué causa esa aflicción penosa?

Martin — Ah! desgraciado!...

Los sirvientes — Pero qué teneis?

Martin — Infornuado!

Los sirvientes — Vaya, respondednos,

Que todo se podrá arreglar, acaso...

Hablad al fin, hablad y apaciguaos.

Martin — Qué pasará á mi amo cuando sepa?...

Ay! cómo soportar su justa cólera?...

ESCENA XIII.

Los precedentes, ERNESTINA, ADELA, JULIAN, LEONCIO.

Ernestina — Qué significan esos gritos... ese alboroto?

Julian — Qué veo!... Martin!... Mi criado!...

Todos — Será posible!... Jilian — Desgraciado! — en qué estado!

Martin — Ah! mi querido amo!... (A Ernestina) Señora!

Perdonad si mis gritos, mi dolor... pero en los primeros momentos de desesperación, no se puede reprimir la expansion!... Ah!...

Julian ap. — Tiemblo de que no diga alguna simpleza.

Ernestina — Pobre muchacho!... Qué! te han asaltado en el camino!

Martin — Ah! Peor que eso, señora; he sido robado, asesinado!

Todos — Asesinado!...

Martin — Es decir, ... apaleado... á poca distancia de aquí, el bosque que hay que atravesar antes de llegar á esta casa...

Leoncio — Y os han robado mucho?...

Martin — Ah! señor, no es lo que me pertenecía lo que yo siento!... sino, ay!...

Julian aparte — Bueno! comprendo!... (Alto, con fuego) Gran Dios! Tenias esa cartera, que debía entregarte mi banquero?...

Martin — Si, señor... si... eso es... y la tenía... y ya no la tengo!...

Julian — Desgraciado!

Martin — Yo no queria encargarme de ella... yo lo sabeis, señor; tenia un presentimiento!... pero vuestras órdenes!...

Julian — En efecto, lo he querido...

Adela — Y contenia una suma de consideración?

Julian — Doscientos mil francos!... que habia hecho realizar para una adquisicion en estos lugares!

Ernestina — Gran Dios!... Qué desgracia!

Leoncio — Pero acaso no se haya perdido toda esperanza! Dehemos perseguir á los ladrones...

Julian con embarazo, á Martin — En el bosque es donde has sido asaltado?

Martin — Si, señor, por cuatro bandidos con caras espantosas.

Leoncio á Julian — Interrogad á vuestro criado; y en seguida, id á prevenir de este incidente á la justicia; mientras tanto, voy á recorrer el bosque — (A los criados) Seguidme, amigos míos... y tratemos de aprehender á algunos de esos miserables.

(Sale seguido de los criados.)

ESCENA XIV.

ERNESTINA, ADELA, JULIAN, MARTIN.

Martin aparte — Será mas que diestro si los atrapa!

Adela — Que cruel aventura!

Ernestina — Pero este pobre muchacho debe tener necesidad de recobrase de sus fatigas, antes de darnos otros detalles sobre este acontecimiento... Todos mis criados han seguido á Leoncio...

Adela — Voy á conducirle á la repostería.

Julian bajo á Adela — Martin os lo dirá todo.

Adela aparte — Que querrá decir? (Alto) Seguidme amigo mio...

Martin — Ah! señora, sois demasiado bondadosa.

(Salen.)

ESCENA XV.

ERNESTINA, JULIAN.

Julian, aparte — Veo el partido que puedo sacar de este pretendido robo!

Ernestina — Os veo aflijido, Julian; lo concibo; sin em-

bargo, talvez haya aun alguna esperanza de recobrar ese dinero...

Julian — No tengo ya ninguna! Los miserables que han robado á mi criado habrán tomado sus precauciones para no ser aprehendidos!

Ernestina — Dos cientos mil francos!... Es una suma considerable!...

Julian — Este acontecimiento arruina mi fortuna!... Pero yo trataré de contener los estragos de este golpe. Lo único que me aflige es que debo romper los compromisos que existían entre nosotros...

Ernestina — Qué quereis decir?

Julian — Debeis comprenderme, senora; yo no debo acordarme ya de la promesa que en otro tiempo me hicisteis...

Ernestina — Qué, señor! Pensais que el desastre que os ha sobrevenido en vuestra fortuna, podría hacerme faltar a mi palabra?...

Julian — No, senora, no; conozco vuestra delicadeza; sé que es sucesos no cambiará vuestros sentimientos, pero sé tambien lo que me toca hacer... y cuando los partidos mas brillantes se honran en disputar vuestra mano, no me aprovecharé yo de una promesa para...

Ernestina — Oh! Tengo vuestra palabra, señor, y exijo que conserveis igualmente la vuestra...

Julian — Volveremos sobre esta conversacion, senora, pero permitidme que vaya á tomar de mi criado todos los detalles de ese desgraciado suceso...

Ernestina — Espero volveros á ver en breve.

Julian aparte — Muy bien!... Podré así abandonar la casa sin que se pueda culpar mi proceder!

ESCENA XVI.

ERNESTINA, JULIAN.

He ahí á los hombres!... *Julian* me considera capaz de abandonarle cuando se halla desgraciado!... No, señor, no; ahora os unireis á mi destino... preciso es que así sea!... Ah! *Leoncio*, ahora sí que estamos separados para siempre!

ESCENA XVII.

ERNESTINA, LEONCIO.

Leoncio — que acude enjugándose la frente — Ah!... Héme aquí!... no he descubierto nada aun; pero quiero ante todo, conocer nuevos detalles... y en que parte del bosque... Y bien! *Ernestina*, qué tenéis? Qué significa esa tristeza?...

Ernestina — Dejadme, *Leoncio*, no me habeis... Todo ha concluido... ya no hay ningún vínculo entre nosotros...

Leoncio — ¡Cielos!... De que proviene ese cambio tan repentino?

Ernestina — *Julian* ha perdido una parte de su fortuna, y eso me fuerza á mantener mi compromiso; si señor ahora es necesario que me ligue á su destino...

Leoncio — Pero todavía puede haber otro medio, escuchadme!...

Ernestina — No, *Leoncio*, no lo quiero... no debo ya escucharos... (Sale)

ESCENA XVIII.

LEONCIO, SOLO.

Huye de mí, gran Dios, sin escucharme!
No hay para mí reposo si la luz ata
Los dulces lazos de mi amor desata
Y huye á mi amor!

Ah! todo hay que temerlo en este día!...

Quiera guardar terrible su promesa,
O en aras de glacial delicadeza

Espirar de dolor!

Oh Dios de los amantes, yo te imploro!

Proteje de tu solio mi destino,

Vierte un rayo de luz, en mi camino,

Lúfandeme valor!

Y sin embargo es á mí á quien ella ama!... Esta mañana me lo confesaba aun... y ha sido preciso que á mi rival le estuviese reservada la felicidad de ser robado!... Parece que se haya hecho espresamente... Esto es para hacer perder la cabeza... Que me toca hacer ahora para impedir?... Pero... oh qué idea feliz. Sin duda alguna, soy rico, y puedo... Si, sí; qué me importará un poco menos de fortuna? No es á la posesion de *Ernestina* á la que está vinculada mi felicidad? Ah! Señor *D. Julian*!... Habelis querido ser robado; seréis rico pero no os ligareis á la muger que yo amo... El notario inmediato es amigo mío y servirá mi proyecto... Si... puedo... (Piensa).
(*Martin* llega por el fondo).

ESCENA XIX.

LEONCIO, MARTIN.

Martin — *aparte* Este es el señor que corre tras de nuestros ladrones!

Leoncio — *vivamente á Martin* al aperoibirle — Ah! amigo mío, tranquiliza á tu amo; dile que ya se ha descubierto la huella de tus ladrones y que antes de poco espero...

Martin — Qué dices, señor?...

Leoncio — Tranquilízate! Te repito que nada se habrá perdido! (Sale corriendo).

ESCENA XX.

MARTIN, SOLO.

Se ha descubierto la huella de mis ladrones! Vaya! Por cierto que no lo esperaba!... Ah! este señor está equivocado, sin duda; sé mejor que nadie que habrán buscado devalde!... Les desafío á que atrapen uno solo!... Silencio!... Vienen las señoras.

ESCENA XXI.

MARTIN, ERNESTINA, ADELA, despues JULIAN

Ernestina — Ah! Estais aquí *Martin*. Cómo os hallais ahora?

Martin — La señora es muy buena!... Estoy mucho mejor... los bandidos no me han herido afortunadamente!

Adela — Y vuestro amo?

Martin — Oh! toma la cosa con un calor!... Sin embargo, se dispone á hacer todas las diligencias posibles para que se persiga á los que me han asaltado... Vedle precisamente aquí, dispuesto á partir á lo que veo...

Julian — *entrando con su sombrero en la mano* — Señoras, vengo á decirlos adios.

Ernestina — Qué! ¿nos abandonais?

Julian — Sin duda será por poco tiempo!... Pero tengo que hacer diligencias acerca de las autoridades, á fin de que se pongan sobre las huellas de los que me arrebatan una parte de mi fortuna!...

Ernestina — Esa partida me contraria mucho! Y si me prometéis regresar en breve, pero *Leoncio* viene... sabrá alguna cosa?...

ESCENA XXII.

Los Precedentes, LEONCIO.

Leoncio — *dirigiéndose á Julian con una carta en la mano* — Ah! os buscaba! Un paisano traia para vos esta carta; me he encargado de ella en la esperanza de que os dé alguna noticia de vuestro asunto.

Julian tomándola — Es mucha bondad de vuestra parte, pero no creo sea eso de lo que se trata!

Martin *aparte* — Ni yo!

Leoncio — Y porqué?

Ernestina — En realidad!... Leed de prisa, os lo suplico!

Julian abriendo la carta — Es del notario inmediato... Veamos... (Lee) «Señor, uno de los picaros que han robado á vuestro criado acaba de ser detenido por mi servidumbre y conducido á mi casa...»

(*Se detiene, y mira á Martin que tambien le mira.*)

Martin *aparte* — Esto sí que está bueno!...

Julian mirando á Adela — Es singular!...

Ernestina — Continúa!...

Martin — Oh! sí, señor, es muy curioso!...

Julian (leyendo) — «Le he prometido su perdon si restituye lo que poseia, indicándome dónde podria hallar á sus cómplices... lo ha hecho... Antes de poco tiempo espero remitiros todo lo que se os ha tomado; entre tanto, podreis venir á mi casa á recibir sesenta mil francos que el picaro ha restituido, y que tengo á vuestra disposicion.»

Martin *aparte* — Esto pasa de castaño oscuro!

Adela *aparte* — No comprendo nada.

Julian — Vamos, no es posible... Y bien! *Martin*, qué dices tú de eso?

Martin — Digo que... á fé mia... no sé ya que decir!...

Ernestina — Pero que hay en eso de extraordinario?... Ese hombre ha confesado para obtener su perdon, lo que se vé todos los dias.

Leoncio — Sin duda alguna!... Ahora respondo de vuestra suma!

Martin — Vamos, señor; es preciso ir á tomar á cuenta, y nada mas!

Ernestina y *Leoncio* á *Julian* —

Sin demora es preciso partir

Hasta ver al notario discreto.

Julian y *Martin* *aparte* —

Esto oculta sin duda un secreto,

Pero yo lo sabré descubrir.

Ernestina — Qué os impide *Julian* el partir?

Julian y *Adela* *aparte* —

Tal suceso mi dicha sepulta!

Un misterio aqui en esto se oculta

Que sabremos al fin descubrir.

Martin — (*aparte á Julian*)

Os engañan, es lo verdadero,

Mas de donde podrá dimanar?

Ernestina y *Leoncio* —

Nada al fin perdereis, tal lo espero,

Sin poder mi alegría espresar.

Ernestina — Es precisa y muy clara esta carta.

Leoncio — Vuestra suma os será restituida.

Julian — Yo no puedo en conciencia aúnger parta,

Recibir esa suma ofrecida.

Martin — (*bajo á su amo*)

Sí, señor, por salvar la apariencia

Recibid, — es un paso prudente.

Ernestina — Que razon os detiene en conciencia?

Os dejais usurpar friamente?

Julian — Bien! marchemos con pausa y criterio,

Ya que todos los quieren y es dable—

Para dar solucion al misterio

Al notario traeréle á que me hable.

Leoncio y *Ernestina* (*aparte*)

Tan casual y feliz circunstancia

Satisface de mi alma el deseo,

Y me deja abrigar la esperanza

De formar el mas dulce himeneo.

Julian y *Adela* (*aparte*)

Obremos los dos con prudencia,

Cediendo hoy á su instancia y deseo,

Conservando tambien la esperanza

De formar el mas dulce himeneo.

Martin á *Julian* (*aparte*)

Obrad ambos con tacto y prudencia,

Ceded hoy á su instancia y deseo,

Mas guardad á la vez esperanza,

Yo otra vez romperé ese himeneo.

(*Las dos señoras salen seguidas de Julian*).

ESCENA XXIII.

LEONCIO, MARTIN.

Leoncio, (*aparte*) — Vamos, todo marcha bien!...

Martin — (*aparte*) Hay aqui alguna contra-astucia, que es preciso que yo descubra, ó hé de quedar deshonrado!...

Leoncio — Sabeis, *Martin*, que tu amo es un hombre singular?... Cómo... Parece que ha sentido recobrar el dinero que os han robado...

Martin, *aparte* Este señor ha traído él mismo la carta. ...Tengo mis sospechas... ¿pardiez! sería curioso!

Leoncio — Y bien? — ¿no respondeis?...

Martin — Perdon, señor, es que pensaba... si me atreviese á hablar al señor, veria que el asombro de mi amo es bastante natural.

Leoncio, *aparte* — Qué quiere decir!... (*Alto*) Y bien! habla, esplicate!...

Martin — Temo que mi amo se enfada; es un secreto... y...

Leoncio, *aproximándose á él* — Qué temas!... no sabrá nada... (*Poniéndole una bolsa en el mazo*) Soy desgraciado!...

Martin, (*poniéndose la bolsa en el bolsillo*) — Oh! desde que el señor es discreto!... estoy tranquilo... Sabreis pues que por el azar más singular, los que me han robado han tenido remordimientos!... eran, á lo que parece, pobres diablos, extraviados por la miseria... pero han oido la voz del honor y un cuarto de hora antes de que trajeseis vuestra carta mi amo habia recibido otra que encerraba sus doscientos mil francos, con las espresiones del mas vivo arrepentimiento!

Leoncio — Seria posible!... Pero esa partida de tu amo!...

Martin — No era sino para ceder á los deseos de esos desgraciados, que, de temor de ser sospechados, le habian suplicado que aparentara perseguir á los ladrones.

Leoncio, *aparte* — Vamos! He cometido una tontería.

(*A Martin*) Y mi carta?

Martin, *riendo* — Vuestra carta!... Ah! señor, pensais que podiamos creer en ella?... Qué de prisa lo he adivinado!...

Leoncio, *vivamente* — Y bien! Sí, te lo confieso, era

una astucia de mi parte; temia que Ernestina se casase con tu amo por delicadeza, pues no puedo ya ocultártelo; Ernestina y yo nos amamos, y tu amo ha llegado en muy mala ocasion!

Martin, aparte — Ah! con que asi... (Alto) Como! Señor, amais á la Señora Da. Ernestina?

Leoncio — Te digo que la adoro, y es necesario, absolutamente, que sirvas á mi amor; segundándome sirves tambien á tu amo, pues si él se casa con Ernestina que no le ama...

Martin — Si, entiendo... entiendo... teneis razon, es preciso romper ese matrimonio...

Leoncio — Obra, ejecuta, dispon de mi fortuna!

Martin — Está arreglado ya todo señor.

Leoncio — Será posible!

Martin — Esta tarde misma se firmará nuestro contrato.

Leoncio — Eres un muchacho impagable!... y ese medio?

Martin — La señora se aproxima... venid, voy á ponerlos al corriente de todo!...

(Salen por la derecha. Ernestina viene por la izquierda.)

ESCENA XXIV.

ERNESTINA sola, con una carta abierta en la mano.

No vuelvo de mi sorpresa!... esta carta que acabo de hallar en el aposento de mi hermana... oh!... es exactamente de Julian... dirigida á Adela... Qué feliz descubrimiento! Mi jardinero acaba de decirme tambien que ha hallado el caballo de Martin, cargado con la balija de su amo y atado á la entrada del jardin! En verdad que los ladrones han sido hombres honrados... Ah! todo lo adivino ahora!

Del amante mas perfecto Al crearle modelo fiel, Ay! él hacia en efecto Mi amargura mas cruel. Ahora, por su inconstancia Mando yo en mi corazon; Ah! renazgo á la esperanza, Goces me augura el amor. No es el mismo; no me ceta, Ya no es á mi, á quién ama, Son sus votos hoy de Adela, Confundidos en la trama! Ese vivo, intenso ardor Que él aparentaba ayer, Es de mi hermana el amor Quién lo hacia aparecer. Ahora por su inconstancia Mando yo en mi corazon; Ah! renazgo á la esperanza, Goces me augura el amor.

Viene Julian... aprovechémosnos de lo que se para divertírnos un poco á su costa.

ESCENA XXV.

ERNESTINA, JULIAN.

Julian, aparte, metiendo una carta en su bolsillo — Martin acaba de entregarme esta pieza de conviccion... Ah! señora, esa es vuestra fidelidad!

Ernestina alegremente — Ah! sois vos, Julian?

Julian — Si, señora, vengo de casa de ese notario.

Ernestina — Y bien, ¿os ha entregado los sesenta mil francos?

Julian — Oh! sin ninguna dificultad!...

Ernestina — Y los otros ladrones?

Julian — Como si estuviesen detenidos! Estoy seguro de mi dinero.

Ernestina — Esa noticia me causa una gran satisfaccion.

Julian — No podeis dudar de la que yo siento!... el obstáculo que me separaba de vos ya no existe.

Ernestina — Sabeis que nunca lo he conocido!

Julian — Nada puede ahora oponerse á nuestra felicidad... á menos que vuestra voluntad...

Ernestina — Ah! no dudéis de que ella os sea favorable!...

Julian, aparte — No puede engañarse mas hábilmente!...

Ernestina — Debo recompensar vuestra constancia!

Julian — Es igual á la vuestra!...

Ernestina, aparte — Cuán falsos son los hombres!

Julian — Contando con vuestra constancia, previne al notario, que me sigue...

Ernestina — El notario? (Aparte) Mejor que mejor; pero qué seguridad!...

Julian — Habré hecho mal?

Ernestina — Oh! no; cuando se ama... como nosotros nos amamos, la felicidad no se puede asegurar lo bastante!...

Julian, aparte — Ansio la hora de confundirla!...

Ernestina, aparte — Qué placer tendré en probarle su perfidia!...

ESCENA XXVI.

Los precedentes, LEONCIO, ADELA, MARTIN.

Leoncio y Adela —

El notario ha llegado aquí ahora, Vuestros votos se van á colmar: Es preciso sin leve demora El mas dulce connubio formar.

Martin á Julian —

Al notario que espera, se ordena Qué le deba decir?...

Ernestina —

Un instante! Añtes que una insoluble cadena Uno al otro nos una constante,

(A Leoncio)

Esta carta felizmente hallada Os suplico leais con cautela.

Leoncio —

(Toma la carta y lee con expresion): « Vos, la sola mujer adorada,

« Recibid mis promesas, Adela!

« Oh! mil veces lo digo y no cedo,

« Destruiré el compromiso — ¡por Dios!

« Á Ernestina ligarme no puedo,

« Yo no quiero adorar sino á vos!... « Firmado — Julian ».

Todos —

Ah! muy bien! Ah! muy bien! Ernestina — Y qué dice el señor?

Julian —

Qué, señora? Vuestros votos de amor ahí se ven? Vuestro es el Billeto.

Ernestina —

En buena hora. Pero oid : antes que una cadena Uno al otro nos una constante, (A Adela)

Esta carta perdida en la arena Queréis leer bondadosa un instante? Adela — (Toma y lee con la misma expresion de Leoncio.)

« Solo espero de vos la ventura, « Leoncio, eterna será mi pasion; « No merece Julian mi ternura « Pues no puedo adorar sino á vos. « Ernestina — firmado ».

Todos —

Ernestina — Y qué dice el señor?

Julian —

Ah! muy bien! Vuestros votos de amor ahí se ven? Vuestro es el billete

Ernestina —

En buena hora. Julian, devolviendo su carta, (hablado) — Queréis permitirme, señora, que os restituya?...

Ernestina, devolviéndole la suya —

Ah! señor; y yo soy quien debo entregaros... (Rien ambos) — Ah!... ah!... ah!... ah!...

Los dos á una —

Ah! bello es en realidad Arder en intensa llama, Y hallar en el que se ama Constancia y fidelidad.

(Todos repiten la estrofa precedente.)

Ernestina —

Y bien! Julian, somos ambos tan culpables!...

Julian —

No tenemos ningun reproche que dirigirnos. Martin — Y yo como jefe de los ladrones, os pido su perdón!...

Leoncio, á Julian —

Ah! si hubiese adivinado vuestro amor, cuántos tormentos me hubiera evitado!

Adela, á su hermana —

Si me hubiese dicho una palabra de eso, no hubiese tenido tantos remordimientos de amarle!

Martin —

Ved lo que somos en el mundo; guardamos fidelidad porque creemos en la de los otros!... y sin embargo no se trata sino de entendernos!...

FIN.

LA HOSTERIA DEL ANGEL GUARDIAN.

Traducida del francés.

(Comedya)

XXVI.

EL CONTRATO — SORPRESA Y GENEROSIDAD.

El dia siguiente era el dia señalado para el contrato. Todos estaban inquietos en el Angel Guardian, no viendo ningun indicio de la ceremonia que se aproximaba. El general conversaba tranquilamente. Despues del desayuno, solo Jacobo y Pablo se mostraban alegres y contentos.

El general se levantó y anunció que era tiempo de vestirse — Cada uno pasó á su habitacion y de cada lado se oyeron partir esplosiones de sorpresa y de alegría. Ely y la señora Bidot tenian en su habitacion vestidos de seda distintos, sencillos pero con la sencillez del gusto; chalecos de seda bordados y bellas gorras de encajes. Las cintas de la de Ely eran de un azul de cielo y las de su hermana de un verde-gris. Cuellos, mangos, calzados, guantes, pañuelos, nada faltaba al complemento de la toilette — Moutier encontró un vestido completo de particular y lo mismo Derigny. Jacobo y Pablo hallaron por su parte lindos trajes de la estacion — Vestidos, no olvidaron adornarse con el presente mas precioso para ellos que era el reloj.

Terminado rápidamente el tocador se apresuraron á salirse al encuentro unos de otros, y cuando se hallaban reunidos en la sala, la puerta se abrió majestuosamente y el general se presentó vestido de gala — Su rostro se inundó de satisfaccion y su corazon se conmovió cuando los habitantes todos del Angel Guardian le rodearon para expresarle la vivacidad de su reconocimiento.

— Y bien, hijos míos, dijo — Creeréis al viejo Douarkin cuando de nuevo diga: — « Confad en mi, por nada, os inquietéis? »

— ¡Querido general! — exclamaron todos con la espontaneidad de la emocion.

— Ahora, prosiguió el general, salgamos á recibir á nuestros convidados y al notario.

— Pero donde general, donde están?

— Eso es lo que vais á ver — En marcha, desfilando por la izquierda.

El general rompió el primero la marcha, en direccion á la posada de Bournier, seguido de todos los demás. A su paso, los aldeanos asomaban á las puertas.

— Seguidnos, gritaba el general, á todos os invito; seguidnos amigos míos!

Todos se apresuraban á aceptar esta invitacion y una numerosa reunion llegó así á la posada de Bournier. En el instante en que se colocaban al frente de la portada principal, la tela que cubria la muestra fué descubierta y la multitud encanada pudo contemplar un gran cuadro que representaba al general de pie, vestido de gran uniforme y con todas sus medallas y condecoraciones en el pecho — Sobre la puerta estaban escritas con letras doradas estas palabras — Al General reconocido.

La pintura no era de primera calidad, pero la similitud era perfecta y la vivacidad de los colores aumentaba su belleza á los ojos de la multitud. Durante algunos instantes no se oyeron sino los aplausos de los sencillos aldeanos. El cura apareció en ese momento en el umbral de la puerta é hizo señas de que queria hablar; todos guardaron silencio.

— Amigos míos, dijo: — el general ha comprado la posada en la cual hubiera perecido victima de asesinos sin el coraje del señor Moutier y de todos vosotros que habeis acudido presurosos al llamamiento de nuestro bravo sargento. Ha querido agradecer su gratitud á la familia que vá á ser la de Moutier, haciendo la adquisicion de esta posada para estender sus beneficios en nuestro pais; aun mas, hijos míos; se ha dignado consagrar la suma enorme de ciento cincuenta mil francos para reparar y embellecer nuestra pobre iglesia, para fundar un establecimiento de hermanas de caridad, un hospital y un asilo para socorrer á los enfermos de la comunidad. Hé aqui, hijos míos, lo que todos debemos á la generosidad del General reconocido. Que ese cuadro haga imperecedera la memoria de sus beneficios.

Los gritos y los vivas se redoblaron y la multitud entusiasmada rodeó al general queriendo levantarlo on andas, y conducirlo de ese modo al interior de la posada, pero el general se resistió á esa demostracion, primero con politica, despues con acaloramiento y ultimamente por movimientos precipitados de cuerpo y de manos que obligaron á dejarle el paso libre.

El general saltó entonces el umbral y se perdió en el interior de la hosteria, donde le siguieron los habitantes del Angel Guardian y por su órden todos los aldeanos. Al entrar, Ely y Moutier, se hallaron en frente de una reunion compacta, que componia el notario, los parientes, los amigos y los vecinos que llenaban la sala, mas espaciosa que antes, pintada y amoblada con elegante sencillez. Los asientos estaban preparados de acuerdo con el número de los infinitos convidados. El general hizo sentar á Ely entre él y Moutier, la señora Bidot se sentó á su izquierda, á su lado, Derigny y en seguida los niños. El notario se hallaba colocado al frente con una mesa por medio. Cuando todos tomaron asiento el notario empezó la lectura del contrato.

Cuando llegó á la cláusula en que hablaba de la fortuna de los novios, leyó:

« La futura constituye en dote los prados, bosques y dependencias de la casa llamada del Angel Guardian ».

Ely dejó escapar un grito de sorpresa y corrió hacia el general cuyas manos asió firmemente.

— Como! mi general, exclamó; yo no puedo consentir... « Hija mía, le contestó el viejo general, es mi presente de bodas.

Vais á ser la compaÑera de Moutier, del bravo Moutier que dos veces me ha salvado la vida y cuya nobleza y generosidad nunca podría estimar lo bastante, pero cuya deuda habré satisfecho en alguna parte contribuyendo así á su felicidad. No me podeis quitar la satisfaccion de asociarme de este modo á vuestra dicha.

— Oh! mi general! exclamó Moutier — Permitidme que os abrase.

— Con todo mi corazon hijo-mío!... Y ahora continuemos la lectura del contrato.

El notario terminó su lectura; una cláusula hizo ruborizar á la señora Bidot que pareció chocada de la extravagante idea que la dicha cláusula decía:

« En el caso de que la Sra. viuda Bidot llegue á casarse, su parte en la propiedad del Angel Guardian volverá á su hermana Ely, y será indemnizada con la casa del General reconocido, el conde de Douarkin le cederá á condicion de que la Sra. Bidot se case con el hombre indicado por él y que se reserva hacerle conocer ».

El notario no pudo dejar de sonreirse al ver el asombro que causaba esta cláusula que el general se habia empeñado en introducir.

— Al fin, dijo riendo la señora Blidot, despues que se hubo re- puesto de su sorpresa, al fin, eso á nada me obliga, pues no se me puede imponer lo que yo voluntariamente no acepto.

— Quién sabe? replicó el general. Acaso cuando conoçais el futuro vuestra opinion se modifique.

— No temo nada.
— Firmad, señores y señoras, interrumpió el notario.
— Y ahora, á comer, dijo el general cuanto concluyó el acto de las firmas.

La señora Blidot se espantó á esta idea. Cómo podia arreglarse sin comida preparada, sin mesa apropiada, ni cubiertos!
— General, dijo con aire de súplica. Si comiésemos aquí! Está este sitio tan encantador!

— Comeremos en vuestra casa, amiga mia. No notais que Elfy y Montier están impacientes por pasearse en su nueva propiedad? Marchemos.

El general salió seguido de toda la comitiva — Jacobo y Pablo que corrian adelante llegaron los primeros al Angel Guardian y prorrum- pieron en esplosiones de jubilo — El frente de la casa estaba guar- necido con naranjos, otros arbustos y flores. Las salas estaban tapi- zadas de azul y dos espaciosas mesas llenaban el centro de cada una. — Numerosos sirvientes llegados de Paris desempeñaban el servicio de la mesa.

La comida fué alegre y prolongada, salpicada de chiste y ameni- zada por las cándidas ocurrencias de los habitantes de la aldea, sobre los platos desconocidos que se sucedían de la inagotable cocina de Chevet.

Al fin de la comida el general se levantó y todos hicieron lo mismo. — El general abrió la puerta que caía al jardín — Elfy arrojó una es- clamacion de alegre sorpresa y corrió lijera como un pájaro hácia la elegante barrera que se habia colocado y abierto sobre el prado du- rante la breve ausencia de los propietarios.

Todos corrieron en pos de Elfy, y solo el cura permaneció al lado del general que encantado, se frotaba las manos y saltaba alegremen- te apesar de su robustez soberana.

— Debeis ser muy feliz con la felicidad que proporcionais, dijole el cura. Jamás se extinguirá vuestro recuerdo, general, y yo, por mi parte, rogare por vos todos los dias de mi vida.

— Gracias, mi buen cura; pero mi tarea no ha concluido, y necesito que me ayudeis á consumirla.

— Disponed de mi.

— Pues bien; veo con pena que el matrimonio de Elfy, vá á ópe- rar un cambio en la posicion de su hermana, cuyas consecuencias preveo. Ved cual es mi idea. Dentro de pocos dias la guerra vá á ter- minar y será preciso que me vuelva á Rusia; me llevaré Dorigny Esperad..... esperad..... llevaré tambien á sus niños, pues es natural que sigan á su padre. Pero la señora Blidot no podrá se- pararse de ellos, y aqui, ceno con vuestra cooperacion para dispo- ner á la señora Blidot á ser la señora Dorigny.

Tomo que vuestro proyecto se estreñe contra la imposibilidad, porque la señora Blidot ha amado á su marido y venera su memoria.

— Pero Jacobo y Pablo á quienes ella ama tanto, tendrán bastante fuerza para decidirla.

— General, yo no dejaré de secundaros, pues me he formado una opinion muy favorable de Dorigny.

— Pardié! es un muchacho perfecto, un corazon de oro.

La conversacion se interrumpió con la llegada de los pasantes.

— Oh general! dijo Elfy adelantándose. Sois una providencia para nosotros y no tengo palabras para expresar lo que siento.

— Hija mia, no me habeis satis, por que mis ojos se humedecen — Yo no soy mas que un instrumento vulgar de la Providencia que quiere recompensar vuestro amor y vuestras virtudes.

— Pasados algunos instantes de escansion, la concurrencia se divi- dió, retirándose el notario y los demás convidados del exterior á la posada del General reconocido donde los estaba preparado el aloja- miento.

XXVII. LA BODA.

El dia siguiente tuvo lugar la ceremonia que unia con un vinculo sagrado los destinos del brave sarcón y de la candorosa Elfy. — Pasmos sobre los detalles que se pintó la imaginacion del lector y que sería difícil reproducir en la narracion.

Concluida que fué, el general preguntó á la señora Blidot que dia habia designado para su boda.

— Mi boda? exclamó aquella. Bastante he tenido con la primera, general.

— Decis eso amiga mia con el aire de una enterrada en vida!
— Es, general, que tengo la muerte dentro del alma.

— En un dia de regocijo como este?
— Vos sabeis que Jacobo y Pablo son mi mas viva afecion — ¿Creis que su padre me los dejará, considerando en separarse de ellos?

— A decir verdad, yo creo que no — pero si tenéis confianza en el viejo general todo podrá arreglarse por algun medio — De vos solo dependera.

— Oh! Si de mí depende, no conteis con que ponga dificultad á nada!

— Pues bien; no olvidéis lo que acabais de decirme que os lo recordaré en tiempo y lugar. Y ahora, nada de tristezas, no pen- semos sino en divertirnos.

El general dejó á la señora Blidot para arrojar un golpe de vista sobre la comida — Todo estaba ya preparado y volvió al lado de Elfy. La puerta del fondo se abrió y un mozo de veludo vestido de gala parisense, anunció — « el general está servido ».

Una sala inmensa se ofreció á la vista de los convidados asombra- dos y de Elfy encantada. El patio se habia convertido en comedor; colgaduras rojas guarnecian todas las paredes. Una gran vitriera daba paso á la luz de lo alto; la mesa de cincuenta y dos cubiertos estaba espléndidamente guarnecida de cristales, de bronce, de can- delabros, etc.

Recomenzamos á describir la diversidad de platos que llenaron la mesa y la estupefaccion de los convidados á cada uno de ellos, pues nunca habian comprendido que la cocina tuviese un idioma tan vasto y tan complicado.

Despues de la comida se bailó en el jardín del Angel Guardian, alumbrado con vasos de colores, y á continuación del baile los fue- gos artificiales llevaron al colmo la admiracion de los convidados.

El recuerdo de esta fiesta está aun tan vivo en Loumigny como el dia en que tuvo lugar.

XXVIII.

SORPRESA DEL LECTOR.

Dias despues de las escenas que hemos narrado se hallaban reu- nidos en el jardín del Angel Guardian los principales personajes de esta historia.

En el rostro de Dorigny no se pintaba ya aquella tristeza que tanto chocaba en medio de la alegría universal. Sentado al lado de la her- mana de Elfy, acariciaba á sus dos chicos, entretenidos en sus- pender á Pablo en el aire.

El general lo miraba de reojo con satisfaccion visible.

— Y bien! señora Dorigny, dijo derrepente volviéndose á la due- ña del Angel Guardian — ¿Qué es lo que hace algunos dias me de- cisais, y cuales son las palabras con que repliqué yo á vuestro tono de seguridad?

El lector, como nosotros, se sorprende, y quisiera ver una broma en las palabras del general, pero una dulce sonrisa se desprende de los labios de la interpelada, con estas palabras:

— Hay sucesos, mi general, que son demasiado felices para que la imaginacion no tema pasar levemente sobre ellos.

La felicidad pues ha extendido sus alas sobre la hospitalaria posada del Angel Guardian, donde todos los labios sonrien, las palabras son de dulzura y los corazones palpitan agradablemente.

Torchonnet, resbalado se acaba de emplear en una casa de com- mercio.

El proceso de Bournier se terminó por la condenacion de los tres cómplices á una perpétua prision.

El cura hizo ejecutar los trabajos que habia indicado el general y la iglesia de Loumigny ha llegado á ser la mas bella del pais, vi- sitada frecuentemente por los viajeros de distincion que se detienen en la hosteria del Angel Guardian, y en la del General reconocido, únicas posadas de la aldea.

FIN.

Radiacion.

A D. CARLOS MARIA RAMIREZ.

Tus sueños algun dia, veranse realizados.... En donde?... eso no importa, quizás en el Eden.

CARLOS M. RAMIREZ.

Velado el firmamento por ráfagas y nieblas, Que anuncian al viajero la zona tropical, El mar abre á la nave que cruza en las tinieblas Sus brazos de alabastro, su lecho de coral.

Qué dice el mar?... la nave se queja?... algun suspiro Con el rumor de un beso modula un tierno, si?... No sé... pero en la popa yo con asombro miro El místico himeneo que se consume allí.

Al imantado choque de la ferrada quilla, Al fórfica la onda con vivo resplandor, Cual roja catarata se enciende, ruje, brilla, Un círculo de fuego trazando en derredor.

De esmeraldas diapasas irruviente remolno el Serpe en los costados del rápido bajel, Y luminosa estela señala su camino. Cual igneo puente alzado por mano de Azrael;

El ónjel de la muerte que á Dios lleva anhelantes Las almas que á la tierra ya nunca volverán, Cual hevan en sus crestas las ondas fulgurantes Relámpagos, que saltan é ignoro donde van.

Sublime es el incendio que esmalta el Océano Y tñe el horizonte lejano de carmin! Sublime el majestuoso prodigio soberano Que brota al centelleo de un infusorio ruín! (1)

Señor! tu omnipotencia cuán esplendente brilla Hasta en lo mas pequeño que observa la razon! Qué efectos tan grandiosos la causa mas sencilla Produce en tu animada ó inerte creación!

¿Qué lazo á los planetas detiene allí en su esfera, Y en torno al sol los lanza con invencible iman? Porqué el ráudo cometa jamás en su carrera Tropieza con los astros que én su camino estan?

Tú como el rey del dia, para el mortal has hecho Oh Dios, un sol humano con nombre de muger: El hombre al contemplarlo, bullir siente en el pecho Un mundo de ilusiones, de ensueños y placer.

En ella está escondida como en celeste vaso La gota mas preciosa del cáliz terrenal; Fulgor del alborada, fragancia del ocaso Que aroma la existencia del misero mortal.

Qué importa que la nieve salpique ya el cabello, Si amante sus recuerdos evoca el pecho fiel, Y guarda el alma, aun jóven para lo grande y bello. Palabras de ambrosia, coronas de laurel?

Si ostenta el firmamento guirnalda de luceros, Que arjentan el vacio con luz crepuscular, Del corazon y el alma los fúlgidos veneros En esplendores venéan al encendido mar.

(1) La fosforescencia del mar que tan admirables efectos produce en la oscuridad de la noche; es muy frecuente en el mar de los tropicos y en las regiones polares; se observa tambien en el Mediter- ráneo y costas del Atlántico. La opinion mas acreditada es que esta luz proviene de una asombrosa cantidad de animalillos infusorios, vivos unos y otros en estado de descomposicion. — Yo he visto el fenómeno en las costas del Brasil, viniendo de Europa, y lejos de haber exageracion en el cuadro que he trazado, es apenas un palido bosquejo de la honda impresion que despertó en mi ánimo.

Y en vano en las tinieblas la nave de la vida Relucha con las olas en horrído vaiven, Al fin luz misteriosa la tierra benedice y Le muestra como al gémo su virjinal Eden. (2)

Amor, gloria, esperanza, vago, infinito anhelo, Que sois de otra existencia divina emanacion, Levadme en vuestras alas hasta el remoto cielo, Iluminad mi tumba con vuestra RADIACION!

MAGARIÑOS, CERVANTES. (Brisas del Plata.)

Ventajas del desamor.

A UNA MUSA. Niña versátil, un dia, te idolatré con ansia, Y al par de esa idolatría, En ti perjurá, surgia, La necesidad de un ojo.

Y si en aquella ocasion Fuente de lágrimas hizo De mi pecho, esa piston, Hoy tu frágil corazon En esas lágrimas deshielo.

En el erial de la vida Ayer una flor buscando, Te hallé entre otras escondida Sentí mi quietud perdida Y quedé desesperando.

Hoy te pierdo, y aunque siento Que me abandones traidora Creyendo darme tormento, Tranquilo mi pensamiento Reposo en la mente ahora.

Creyendo alcanzar la palma De tu amor, con mi cariño, Busqué un altar en tu alma Y me robaste la calma. Una vez, aun siendo niño.

Mas tarde aquel embeloso Se transformó en desencanto Y desde entonces confieso Que si no ha quedado ileso Mi pecho, no sufre tanto.

Hace un año que al mirar Tu rostro, por vez primera, Sentí una pasion brotar Y mi existencia abrazar Del corazon en la hoguera.

(2) En la noche del 12 de Octubre de 1492 Colon descubrió el Nuevo-Mundo, y tuvo en cierto modo la revelacion de la proximidad de la tierra por una luz distante que oscilaba en la playa. Nuestro compatriota y amigo D. Heracio Fajardo, en su bello libro á Colon, ha expresado admirablemente el efecto que debió producir aquella luz en el alma del inspirado marino, combatida por tantas angustias:

- Era un vivo destello de topacio
- Flotando de las aguas al nivel,
- Como estrella caída del espacio
- Para alumbrar la ruta del bajel

Mas tú, burlando imprudente
 El culto que en esta vida
 Yo te rindiera inocente,
 Devolvistes á mi mente
 Toda la quietud perdida.
 Ya vas, los preciosos bienes
 Que me brinda el desamor,
 Y como con tus desdenes
 Arrancas hoy de mis sienes
 La corona del dolor.

R. G.

Montevideo, 1862.

UNA POESÍA DE R. G.

A UNA NIÑA.

Si yo alcanzara un pensamiento nuevo,
 Digno tambien de deponerlo en tu ara,
 Un pensamiento que arrancara á Febo
 Los rayos de una luz mas viva y clara;

Que brotase en cascadas de armonía
 Que escapara al genio explorador,
 Allí en el fondo de una selva umbría,
 De otras Floras albergue encantador;

Si la naturaleza engalanada
 Con nuevas joyas de su rico seno,
 Espaciara á mi vista arrebatada
 Nuevo horizonte de grandezas lleno;

Oh! — Yo iría á beber en su paléa
 Los colores mas bellos y suaves,
 Templaría mi lira de poeta
 En la música tierna de las aves.

Peró si todo es vago, niña mia,
 Y á tu lado se nubla y palidece;
 Si la fuente de ignota poesía
 Un canto digno para tí no ofrece,

Deja olvidada la olvidada lira,
 Que arda en la estufa de vulgares fuegos,
 O que descansen en el umbral do espira
 La planta exhausta de calor y riegos!

Deja que solo para tí se exprese
 El corazón en íntimos latidos,
 Que absorto, nunca de mirarte cese,
 Y á tí converjan todos mis sentidos.

Un sentimiento nino tan hondo como el mio
 No puede, no, profano, sonar el extranjero;
 Oh! — solo mi silencio podrá espresarte pio
 Amor que de Dios tiene lo grande y duradero!

A.

A las lectoras de El Iris.

Se comprende fácilmente que la situación por que pasamos es incompatible con la aparición de un periódico literario que nadie lee ni puede leer.

Por otra parte, en momentos supremos como los que golpean á las puertas de la República, es otra la misión del ciudadano.

Esto explica la suspensión que sufre El Iris desde el presente número.

Hemos querido que apareciese hasta la vijésima entrega para poder formar un tomo y dar complemento á todos los trabajos que se publicaban, por cuya razon tambien sale

con un aumento de cuatro páginas, en las que se comprenden un Índice General de todas las materias contenidas en ese tomo.

Cumplimos con el deber de agradecer la protección que hemos merecido y que esperamos merecer mas adelante, si despues de la tempestad que brama en la República, logramos alcanzar días serenos, prosiguiendo en la tarea que suspendemos hoy.

AUGUSTIN DE VEDIA.

A las lectoras de «El Iris».

«El Iris» sería ingrato si al suspender su salida no expresara su reconocimiento á la mitad bella del sexo, por la benevolencia que le ha merecido hasta aquí, apesar de haber sido poco escrupuloso en el cumplimiento de las promesas con que se presentó, con respecto á ellas.

Al inaugurar su segunda época, si nuestras esperanzas no se estrellan segunda vez contra la voluntad de fierro del destino, trataremos de ser mai puntuales en la ejecucion de nuestras promesas, alcanzando así á merecer bien de las intelijentes lectoras.

Ellas tambien comprenderán nuestra resolucion; ellas, que van á tener una mision noble y gloriosa en los momentos de la lucha que se aproxima; mision humanitaria, de valor y de generosidad, en la que su corazón tierno y sensible se espandirá de sensibilidad y de ternura.

Hasta momentos mas felices y propicios.

ALCIMO.

El Bandido.

Como los demas trabajos que El Iris ha tenido la fortuna de consignar en sus páginas, termina en este número EL BANDIDO, preciosa narracion histórica en que su ilustrado y modesto autor ha vaciado tan altos pensamientos y profundizado cuestiones tan importantes para nuestro porvenir político y social.

Dotes muy especiales para este género de trabajos, ha revelado el incógnito autor, en todas las facces que distinguen al narrador.

Los personajes están perfectamente caracterizados y se conocen en sus menores rasgos; el lenguaje admirable por su verdad; las costumbres de nuestros campos descriptas con maestría; la hilacion de los acontecimientos sujeta á una lógica rigurosa; la poesia de las comparaciones propia del acto, y limitadas estas á la precision y á la claridad; el desenlace sublime de sencillez y naturalidad.

Mas adelante hemos de hacer una edicion separada de El Bandido é ilustrada si es posible con grabados, porque las ideas que se han vertido en este trabajo literario, en su primer grado, la idea capital que le preside, deben tener una circulacion tan vasta como sea posible.

Si cuando llegue ese instante, podemos lograr que su autor nos habilite para dar su nombre, nuestra satisfaccion será mayor al ofrecerlo al público, porque ese nombre al frente de la obra, encerrará una recomendacion que plica y elocuente de su mérito y de sus tendencias generosas.

A. DE V.

Sumario.

La historia antigua, en sus rasgos capitales, conclusiones, por D. Vicente F. Lopez — El Bandido, conclusion, por X — Los isabelles, conclusion, traduccion de A. de V. — La hosteria del Angel Guardian, conclusion, traduccion de A. de V. — Radiacion, poesia del Dr. D. Alejandro Magariños Cervantes — Ventajas del desamor, poesia, por R. G. — La poesia eres tú, poesia, por A. — Los lectores de El Iris — Varias materias.

INDICE

DE TODAS LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO I DE EL IRIS QUE LO FORMA LA VIGÉSIMA ENTREGA.

Prospecto por A. de V.	1	Francisco Cortina, por D. A. de V.	75
Nuestras ideas, idem	1	La direccion de El Iris	80
A la juventud, idem	2	Prima de El Iris — La Violeta (poesia)	80
Á nuestras lectoras, por Alcimo	2	La religion, por D. Manuel Garzon	82
La ley del progreso, por el Dr. D. A. Magariños Cervantes	3	La América, apéndice de la cuestion peruana, por el Dr. Perez Gomar	89 107
Reviewers, por D. Adolfo Vaillant	6	Á la memoria de Adolfo Berro, poesia de D. Julio Maso	91
Derecho internacional privado por el Dr. D. Gregorio Perez Gomar	6, 23	Los negros, por J. M. de V.	93
Un hombre al mar, fragmento de los Miserables de Hugo, por I. Meditaciones, por Alcimo	8	Cátedra de Derecho de Gentes, por D. A. de V.	94
La Hosteria del Angel Guardian, traduccion de D. A. de V.	10, 28, 41, 50, 73, 95, 109, 124, 141, 157, 173, 190, 205, 217, 238, 253, 268, 284, 301.	9 Apuntes para la historia, Hoja del General Artigas	97
El lenguaje de las flores, traduccion de D. A. de V.	319	Á la independencia de la República, por D. Carlos Anaya	98
Publicaciones — Actividad y progreso, por D. A. de V.	319	El Perú y la España, por G.	101
Apuntes para la historia	319	Sobre las Constituciones, por el Dr. D. Carlos G. Villademoros	102
Á Mariana, poesia de A.	319	El congreso de la paz, por D. Eliseo F. Outea (Cátedra de Derecho)	104
El Iris, poesia de A.	319	Adolfo Berro, por D. A. de V.	109
Apuntes para la historia de la República, por D. Carlos Anaya	319	Paris en América — Tu destino — Reflejo — (poesías)	112
El calor y la sequia, por D. Adolfo Vaillant	319	La libertad, (Cátedra de Derecho de Gentes) por D. Julio H. y Obs.	113
Pensamientos políticos, recopilados por el Dr. D. Enrique de Arzacocha	319	Diálogo entre la Polonia y la República, por G. P. G.	117
Escentricidades, por D. A. de V.	319	El Congreso de la paz, traduccion de D. A. de V.	119 135
Irisas del Plata — «El Católico» — Luz y tinieblas — por D. A. de V.	319	Racionalismo, por el Catedrático de Derecho de Gentes	124
Los negros de Africa, por D. Adolfo Vaillant	34	Derecho internacional (nociones preliminares) por el Dr. Perez Gomar	122 139
Publicaciones, por D. A. de V.	40	La obra del Sr. D. Arséne Isabelle, por E.	123
Un pié en el abismo, traduccion de Enrique de Vedia	44	El qué dirán, por F. G.	126
Á nuestras lectoras	44	El esclavo (poesia) por D. Gonzalo Ramirez	127
La flor del aire, por el Dr. D. Juan M. Gutierrez	44	La restitution in integrum, tesis del Dr. D. Bonifacio Martinez	129
Compensacion, poesia de A.	44	Ley hipotecaria, por el Dr. D. Tristan Narvaia	132
Las dos vidas, poesia de R. G.	44	Defensa, del Coronel D. Pantaleon Perez	137 154
Agresiones católicas — Poesía — Memoria histórica — «Lo progres» — por A. de V.	44	La Humanidad, (Cátedra de Derecho de Gentes), por D. J. S. y C.	140
Informe sobre la comision de los delitos, por el Dr. Perez Gomar	50	Idea de la perfeccion humana, por D. A. de V.	144
Las canciones populares de los pueblos eslavos, traduccion de A. de V.	55, 77, 87	El lago, poesia de A.	144
Estadística, por D. Adolfo Vaillant	55	Al que no está hecho á bragas... juguete cómico por D. Julio C. Buero	145 168
Causas de los delitos, por D. A. de V.	58	Proyecto de ley de hipotecas	148
La verdad de la inspiracion, por D. A. de V.	58	La propiedad, por D. Lucio Rodriguez	154
Obras útiles — «The River Plate Magazine» — Dedicatoria (poesia) por A. de V.	63	Los titeres y Misericordia, por D. Adolfo Vaillant	156
Discurso, pronunciado por el Senador Argentino D. Nicolas A. Calvo	66	Obra importante — Compositon Dramática — La patria ideal (poesia) por A.	160
Flores silvestres, (poesías) por Alcimo	66	Ensayo sobre la pena de muerte, por X	161
Del teatro dramático, por C.	74	La obra del Dr. Perez Gomar, por D. A. de V.	163
El congreso, por A.	76	La asociacion (conferencia) por D. Manuel Derqui	166
Los Guaras, por D. Adolfo Vaillant	76, 86	Á nuestras lectoras, por Alcimo	171
		La mujer, tipo popular, por Rodolfo	172
		Una ópera en prosa y sin música, por R. S. T.	175
		Quejas del alma, poesia de V.	175
		Pensamientos, por Rodolfo	176
		Paris en América, por X	177
		Distincion entre el deber y la obligacion, por D. Julio H.	180
		Métodos curiosos para calcular, por D. A. Vaillant	181

Conferencia de los abogados, traduccion de D. A. de V.....	182	Las tres gracias, por Rodolfo.....	250
William Shakespeare, por Victor Hugo, traduccion del Sr. Vaillant.....	185, 199	El amor paterno y Mr. Jules Simon, por D. A. Vaillant.....	251
Tipo popular — el gaucho, por Rodolfo.....	186	El Pecador Arrepentido, poesia de D. J. Macco.....	254
El Bandido, por X.....	187, 197, 212, 229, 243, 269, 280, 295	Fantasia y verdad, poesia de A.....	254
La infancia, poesia de A.....	192	Caridad, poesia.....	255
El olmo del verjel, por Rafael.....	193	El descubridor de la América, por D. A. V.....	255
La esperanza de un poeta, por G. P. G.....	196	Curso elemental de Derecho de Gentes, por D. A. de V.....	256
Rasgos biograficos del educacionista Sr. Bonifaz, por F. B.....	201	Misceláneas, por Rodolfo.....	262
Dicha y pesar, poesia del Sr. Maeso — Lo imposible, poesia de X.....	207, 208	Aroma, poesia del Dr. D. Alejandro Magariños Cervantes.....	269
El arrepentimiento, por D. Eliseo F. Outes.....	209	Inspiracion, poesia de D. J. S. y C.....	270
Tipos populares, D. Luis — por Rodolfo.....	216	La primavera, poesia de A.....	271
Poesia — Nuevas esperanzas, por D. A. de V.....	219	Contemplacion, poesia de D. Pedro J. Varela.....	271
Encicida, libro cuarto, traduccion de Vicente Lopez.....	219	La catedral de Milan (grabado y definicion).....	273
Meditacion, poesia de D. Pedro J. Varela.....	222	Un sistema filosófico por X.....	276
A mi hermano, poesia de D. Carlos M. Ramirez.....	223	Orijen psicológico de la literatura, por el Dr. D. Vicente F. Lopez.....	277
Las obras del Sr. Bonifaz — Compendio de historia del Sr. De-Maria, por B. A. de V.....	224	Sofismas económicos por Bastiat, traducidos para Et. Ins, 279, 282.....	282
La historia antigua, en sus rasgos capitales, por el Dr. D. Vicente F. Lopez.....	226, 241, 257, 274, 289	Felipe Irigoyen, anécdota, por Rodolfo.....	282
A nuestros lectores, por D. A. de V.....	227	El solitario, poesia de A. — Oriental, poesia de J. S. y C. — Epitafio, poesia de A.....	287
Guttenberg, por Alfonso de Lamartine, traduccion de D. A. de V.....	227, 247	Una tia (artículo bibliográfico) por D. A. de V.....	288
La felicidad, por F. G.....	231	Historia de la tierra, por D. A. de V.....	288
El papel moneda en China, por D. Adolfo Vaillant.....	232	Historia de la tierra, por X.....	294
Anecdota sobre tipos populares, por Rodolfo.....	233	Los infieles, comedia traducida y arreglada por D. A. de V., 298.....	314
El Popol Vuh, por D. A. Vaillant.....	235	La madre, por Rodolfo — La libertad, poesia de A.....	302
Compendio de historia, por D. A. de V.....	237	A Chéca, en su álbum, poesia de D. Carlos M. Ramirez.....	304
La mujer, poesia de A.....	239	La resignacion, imitacion, por A.....	304
El Colegio Nacional — Filtro de agua.....	240	Radiacion, poesia del Dr. D. Alejandro Magariños Cervantes.....	320
		Ventajas del desamor, poesia de R. G.....	321
		La poesia eres tú, poesia de A.....	322
		A los lectores de Et. Ins, por D. A. de V. — A las lectoras de Et. Ins, por Alcimo — El Bandido por D. A. de V.....	322